

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

«En todo amar y servir
a su divina Majestad»



San Ignacio de Loyola (1620-1622) por Pedro Pablo Rubens



«Aunque, por la bondad de Dios misericordioso, nunca faltaron quienes propusieran las cosas celestes bien probadas para ser contempladas por los fieles de Cristo, Ignacio fue el primero en escribir un libro, que compuso mientras era rudo en las letras. Él lo llamó los *Ejercicios espirituales* y empezó a enseñar unos retiros espirituales para alcanzar cierto razonamiento y un camino personal, con el que los fieles son ayudados a detestar los pecados y a disponer santamente la vida, a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo».

Año LXXVII– Núm. 1077
Abril 2021

Pío XI, constitución apostólica *Summorum pontificum*, 1922



RAZÓN DEL NÚMERO

03 Una renovada petición

ARTÍCULOS

- 04 Un nuevo nacimiento trascendental para Ignacio y para la Iglesia
Pablo Cervera Barranco
- 08 La fecundidad de los Ejercicios espirituales
Manuel Vargas Cano de Santayana
- 12 La pastoral de san Ignacio de Loyola
Francisco Recabarren Hnssc
- 16 La total transformación de Ignacio en su estancia en Manresa
Gerardo Manresa Presas
- 20 El carácter sobrenatural del apostolado de san Alberto Hurtado
Pedro del Río de Murtinho

- 25 La espiritualidad ignaciana en la Compañía del Salvador
Cristina Parejo, C.S.
- 29 La idea de Cristo Rey en los Ejercicios de san Ignacio
Francisco J. Quintana
- 30 Presencia y fructificación en la Iglesia de una doctrina eminente
Francisco Canals (†)

SECCIONES

- 33 **Nuestra patria es el Cielo**
San Agustín
- 34 **Orientaciones bibliográficas**
- 35 **Cristiandad hace 75 años**
Ibon Elósegui
- 37 **Hemos leído**
Aldobrando Vals
- 40 **Año jubilar josefino**
Thierry Dourland
- 42 **Pequeñas lecciones de historia**
Gerardo Manresa
- 43 **Actualidad religiosa**
Javier González
- 45 **Actualidad política**
Jorge Soley

CONTRAPORTADA

- 48 «Fiel servidor de la Iglesia»
Benedicto XVI

Una renovada petición

EN las páginas de CRISTIANDAD desde el año 1991, y de forma reiterada, se ha formulado el deseo y la petición a la Santa Sede para que declarara doctor de la Iglesia a san Ignacio de Loyola. Esta petición estuvo acompañada a lo largo de estos años de la publicación de artículos, actos, adhesiones y beneplácitos de autoridades eclesíásticas y académicas muy diversas (CRISTIANDAD n.º. 720,797 y 835). Podemos destacar, entre ellos, del entonces arzobispo de Buenos Aires, Cardenal Beroglio, que en respuesta a una carta de Francisco Canals en que le daba a conocer esta petición:

«Le agradezco su gentileza y me permito a la vez alabar y ponderar su feliz iniciativa y loable labor que realiza para lograr ese reconocimiento en favor de un santo que bajo su inspirado lema “*Ad Maiorem Dei Gloriam*” enriqueció la vida de la Iglesia» (mayo del 2003).

Hoy de nuevo, con ocasión de la celebración de los 500 años de la conversión de san Ignacio y la providencial coincidencia de que el actual Vicario de Cristo es un miembro de la Compañía de Jesús nos ha aparecido oportuno volver a reiterar aquel deseo y petición. Recordemos sucintamente algo de lo que se escribió con tal motivo:

«La misma simplicidad de un lenguaje carente de tecnicismos, incluso “dogmáticos”, y de terminología teológica, pero en el que brilla con pureza y luminosidad el contenido de la fe católica, sugieren que san Ignacio de Loyola podría ser declarado, si lo juzgara oportuno la Sede Apostólica, “Doctor de la Iglesia”, y ello precisamente, no sólo por su aprobadísimo magisterio espiritual, sino por la fiel enunciación de aquel fundamento de la fe, en el que casi únicamente se apoya su espiritualidad». (Francisco Canals, CRISTIANDAD Mayo-agosto 1991).

«El carácter eminente del magisterio espiritual de san Ignacio de Loyola realizado, no exclusivamente pero sí de modo principalísimo, por sus *Ejercicios espirituales*, es algo que no requiere ser investigado ni demostrado con aporte documental. El papa Pío XI le proclamó patrono de todos los ejercicios espirituales. En su encíclica *Mens nostra* de 20 de diciembre de 1929 expresó, sobre el camino espiritual propuesto por san Ignacio de Loyola, una singularísima aprobación, y la calificó de “tesoro que Dios ha manifestado a su Iglesia en estos últimos tiempos”, que “adornado con plenas y reiteradas aprobaciones de la Santa Sede y ensalzado con las alabanzas de varones preclaros en santidad y ciencia del espíritu, ha producido durante casi cuatro siglos grandes frutos de santidad”.

»El testimonio avalado también por los contemporáneos de san Ignacio, confirma el carácter carismático de la sabiduría y ciencia espiritual, y del espíritu de consejo y de discernimiento, que llenan las breves páginas del libro de los *Ejercicios*. Todo el conjunto de las obras del santo, de su propia autoría o de su responsabilidad, corroboran aquella eminencia de la doctrina y el hecho de ser su autor “ilucidado por la virtud divina”, para decirlo con las palabras con las que el propio san Ignacio hablaba de los Doctores escolásticos (*Ejercicios*, 363) estas razones parece que justifican el deseo, que indudablemente sienten numerosos fieles católicos, de que san Ignacio de Loyola sea declarado por “la Santa Madre Iglesia jerárquica”, por el “Vicario de Cristo”, doctor de la Iglesia» (Francisco Canals, CRISTIANDAD Noviembre-Diciembre 1997).

«En nuestro propósito de contribuir a que se mantenga vivo en la Iglesia este deseo y súplica a la Santa Sede, de la declaración de san Ignacio como doctor de la Iglesia, en el presente número, y en apoyo de las razones que sustentan la posibilidad de tal declaración, publicamos una serie de trabajos escritos en distintos momentos por estudiosos muy autorizados, profundos conocedores de la espiritualidad ignaciana, para mostrar su universal y profunda influencia en la vida de la Iglesia en los siglos modernos, que da la medida de la eminencia de doctrina y de su fructificación en algunas de las corrientes más centrales de la vida del pueblo cristiano y del Magisterio pontificio y eclesíástico» («Razón del número», CRISTIANDAD Enero-Febrero 2001).

Hemos querido con los artículos que el lector podrá leer en este número, subrayar la fecundidad apostólica que ha tenido el magisterio de san Ignacio mediante la práctica de los *Ejercicios espirituales*, corroborada durante siglos en numerosísimas obras de la Iglesia y que sigue dando copiosos frutos de santidad.

Un nuevo nacimiento trascendental para Ignacio y para la Iglesia

PABLO CERVERA BARRANCO



San Ignacio de Loyola, poco antes de ser herido en la defensa de Pamplona contra el ejército francés (1521) A. Ferrer Dalmau

1 521. Hoy hace cinco siglos. Con ocasión de la batalla que libra en la fortaleza de Pamplona, se gesta en Ignacio la conversión, el cambio de vida.¹ En esta fecha, Ignacio tendría unos 26 años. Vivía la religiosidad normal de muchos de su época: amaba a Dios y a la Virgen a su manera, era devoto de san Pedro...

Sin embargo, confiesa que «fue un hombre dado a las vanidades del mundo» [*Autobiografía 1*]. San Ignacio está como esclavizado respecto de las rea-

lidades mundanas. La expresión «hombre dado a las vanidades del mundo» denota un estado permanente, no un afecto o sentimiento pasajero: toda la existencia de Íñigo estaba impregnada e inclinada hacia ese fin, las realidades o vanidades mundanas, que le atraían. Se trata de hechos, formas de pensar y actitudes contrarias al Evangelio. Esa vanidad le deleita sobre todo en el ejercicio de las armas con deseo de ganar honra. La «honra» es la seducción que llega a esclavizar de tal modo que arrastra al hombre al deseo de conseguirla.

Los franceses, que han ocupado la ciudad de Pamplona proponen al «alcaide» Miguel Herrera que el castillo se rinda. Herrera pidió hablar con los jefes de las tropas enemigas y llevó consigo a dicho encuentro a tres de los defensores. Uno de ellos era

1. P. Leturia, *El gentilhomme Íñigo López de Loyola* (Labor, Barcelona 1941) 14-51; J.M. Recondo, *Íñigo de Loyola a debate: herida y basílica* (Grafite, Baracaldo 2000); A. Suquía Goicoechea, *San Ignacio de Loyola, el vasco más universal de la historia* (Ateneo Jovellanos, Gijón 1991).

Íñigo. Contra todo el parecer de todos los demás, Íñigo logró persuadir al «alcaide» para que el castillo se defendiera y no se rindiera tan rápidamente

El afán de honra, de caballerosidad, lleva a Ignacio a no rendirse hasta el extremo de que una bomba quebrará su pierna y le herirá gravemente. Ya aquí, por tanto, vemos en san Ignacio a ese hombre de fuerza de voluntad, de carácter firme, decidido e independiente, que no hay que identificar con una figura fría; todo lo contrario, Ignacio mismo dice vivir «con un deseo grande y vano de ganar honra»: en el corazón de san Ignacio anidaba esta expresión, que es contraria al hombre frío, al hombre gélido, como a veces se ha descrito al santo. No, Ignacio era un hombre de deseos profundos, de voluntad firme, ciertamente, pero no de voluntarismo, sino de una personalidad muy rica.

En medio de la refriega, san Ignacio confiesa sus pecados a un seglar, pues no había ningún sacerdote a mano. Era un uso de la Edad Media recomendado por santo Tomás de Aquino. Esta práctica no equivale al sacramento, pero es un reconocimiento de la dimensión eclesial del pecado.

Es trasladado a Loyola, donde se somete con gran fortaleza a una dolorosísima operación

UNA vez que él ha caído, todos ellos se rinden y se retiran. Es el contraste que se produce frente a la persuasión anterior de Ignacio para que todos resistieran. Con todo, el carácter caballeresco de la época lleva a que el enemigo reconozca que los que han caído se han defendido honrosamente y, por eso, los tratan con cortesía y generosidad.

San Ignacio se decidió por el hecho de que se le «rompiera» otra vez la pierna para ponerla otra vez en su sitio y, después, por el fin que quiere encontrar: obtener la curación. Ignacio aporta al hombre de hoy la luz del discernimiento sobre los acontecimientos y los hechos de la propia historia. Por eso, escoge lo que es necesario realizar en una situación concreta para conseguir mejor el fin. Él quiere obtener la curación y, por tanto, hay que poner unos medios en una situación concreta. Esta es una de las formas de descripción del acontecimiento desde las categorías del discernimiento, pero después tendrá su importancia para aplicarlo siempre a la vida espiritual. San Ignacio analiza la situación, valora los pros o los contras, hace la elección y se decide a operarse para alcanzar el fin que él está buscando.

«Nunca habló palabra ni mostró otra señal de dolor más que apretar mucho los puños», expresión de su determinación.

Recibe los sacramentos. En la víspera de los santos Pedro y Pablo empieza a experimentar una mejoría

Es una situación un tanto crítica, que puede llevar a un desenlace fatal. El cristiano sabe que debe afrontar con la fuerza de la gracia ese momento.

«Recibiendo los sacramentos, la víspera de san Pedro y san Pablo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía dar por muerto» [A 3].

Ignacio sale de esa situación de peligro de muerte y comienza una convalecencia de mejoría, en la cual pide que se le corte un hueso deforme. Es todavía el hombre vanidoso. Las vanidades propias del mundo le llevan a afrontar algo doloroso también, en virtud de un defecto externo que llevaría a una cojera o a una forma externa no digna de un cortesano. Por eso dirá que se le corte la protuberancia, lo que sobresalía.

En su convalecencia lee libros piadosos

HEMOS visto cómo considera que toda su vida previa a la herida de Pamplona era una vida en la que se había «dado a lo mundano», incluyendo el tipo de lecturas: «libros mundanos y falsos». Aquí se empieza a operar la conversión, pasando desde lo mundano hacia lo divino, del pecado a la gracia, de lo erróneo (dice que estos libros eran falsos) iba a caminar también hacia la verdad. La conversión conlleva volverse plenamente al bien, a la verdad y a Dios. Curiosamente, dice que esos libros mundanos y falsos suelen llamarse de caballerías. Era el género literario, sobre todo para un cortesano de la época, que más atraía a la lectura: las grandes obras épicas, un Amadís de Gaula, por ejemplo. Pero de modo providencial, habiendo pedido ese tipo de libros de caballerías, resultó que en la Casa-torre de Loyola no se encontraba ninguno de ellos. Entonces su cuñada, Magdalena de Araoz, es la que le hace llegar la *Vida de Cristo*,² que escribió Ludolfo de Sajonia, cartujo al

2. Ludolfo de Sajonia (Ludolf von Sachsen), La vida de Cristo, fielmente recogida del Evangelio y de los Santos Padres y doctores de la Iglesia. Introducción, traducción y notas de Emilio del Río (Monumenta Histórica S.I., Series Nova, volúmenes 5,I y II) (Universidad Pontificia Comillas- Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, Madrid - Roma 2010); Cf. R. García Mateo, El misterio de la vida de Cristo en los «Ejercicios» ignacianos y en la «Vita Christi del Cartujano» (BAC, Madrid 2002); J. García de Castro Valdés, «La Vita Christi de Ludolfo de Sajonia (†1377) e Ignacio de Loyola. A propósito de un gran libro»: Estudios Eclesiásticos 86 (2011)

que años antes había traducido al español el confesor de Isabel la Católica, Ambrosio de Montesinos. También puso en las manos de Ignacio el *Flos sanctorum* o *Leyenda aurea*,³ es decir, una colección de vidas de santos que había escrito Jacobo de Vorágine (Giacomo da Varazze, que es el nombre original).

A partir de estas lecturas, en esta larga convalecencia, a través de largas horas para pensar, largas horas para meditar, para recoger enseñanzas y sabiduría de lo que había vivido y sufrido, va a tener lugar uno de los momentos más importantes en la vida de Ignacio de Loyola: se abre paso la sabiduría del hombre que va prestándose a la acción de la gracia; descubre el «movimiento de espíritus», es decir, esa situación interior del alma que según un espíritu u otro (el es-

Como a Saulo, Cristo le sale al encuentro: el Damasco de Iñigo es la casa solariega de Loyola. Poco a poco experimentará una atracción creciente hacia el Señor.

píritu de Cristo, de la luz, de la verdad, de la alegría, o el espíritu del mundo, del tedio, de la tristeza); con ello se va entregando al buen espíritu. Aquí está la clave de lo que tendrá lugar cuando expliquemos este primer momento en que es «agitado de diversos espíritus».

Lo hemos dejado tendido en el lecho del dolor, con lecturas que no eran las que él propiamente buscaba. Hubiera preferido las lecturas de libros de caballería y, sin embargo, en la casa de Loyola sólo había libros piadosos: la vida de Cristo y las vidas de los santos. En esa situación de postración, aparentemente de fracaso, es donde precisamente Dios le va a esperar. Esto es muy importante, muy interesante. Las vidas de los santos nos enseñan mucho para nuestra existencia. Yo me imagino que de mala gana comenzaría Iñigo a leer aquellos libros, porque no era lo habitual para él. Y, sin embargo, la figura de Cristo le va a salir al encuentro a través de esos instrumentos que son los libros de piedad y, en su caso, en la postración del dolor, durante la recuperación de la herida tras bombardear el bastión de Pamplona. Como a Saulo, Cristo le sale al encuentro: el Damasco de Iñigo es la casa solariega de Loyola. Poco a poco experimentará una atracción creciente hacia el Señor.

509-546.

3. Jacobo de Vorágine, *La leyenda dorada*, 2 vol. (Alianza Editorial, Madrid 2016).

Es agitado por diversos espíritus

EL mismo, 32 años después de haber sucedido estos acontecimientos, recuerda en la memoria del corazón y del espíritu, y lega a sus hijos, cómo Dios le había ido llevando y tratando. Este será el momento del descubrimiento inicial del discernimiento de espíritus. San Ignacio de Loyola ve cómo en su alma experimenta agitaciones de distinto signo, que le dejan con consecuencias distintas. Él, que es una persona reflexiva, irá sacando enseñanzas de todo ello. Es decir, el hecho del dolor no va a ser algo inútil. Él dice en algún lugar⁴ que después de una enfermedad se puede salir doctor: doctor por lo que uno ha aprendido.

En el libro de los *Ejercicios* dirá que cualquier situación sea de salud, de enfermedad, larga vida o corta, todo ello es indiferente respecto de lo que Dios querrá de uno. Lo que hace falta es saber aprovecharlo y obtener experiencia de ello [EE 21].

Desde esa situación de desgana inicial, la atracción de la persona de Cristo, de Jesucristo Hijo de Dios, y de los santos irá calentando intensamente cada vez más su corazón. Se paraba algunas veces a pensar en las cosas que había leído:⁵ evidentemente cuando uno está enfermo no se puede dar largos atracones de lectura, sino que después queda el tiempo para el reposo, para la meditación, para sopesar, para pensar en las cosas que ha leído.

Otras veces reflexionaba sobre las cosas del mundo en las que antes solía ilusionarse: aquí empieza ya la doble agitación. Primero se da cuenta de que le atraen las cosas del mundo y, sin embargo, las cosas del mundo no le dejan contento; y, en cambio, frente a lo que inicialmente tenía desgana (las cosas del espíritu, la figura de Cristo), cuando se distancia en la lectura y piensa en ello, sí le queda un buen sabor.

Es decir, unos pensamientos son los pensamientos de mundo y otros pensamientos son como el poso de lo que le queda, después de haber leído la vida de Cristo o las vidas de los santos.

Ignacio todavía está en la perspectiva caballeresca, pero empieza a descubrir cómo el pobre de Asís y el mendicante de Caleruega son caballeros no al modo mundano, sino al servicio de un rey eterno.

4. Carta a Isabel Roser (París, 10 de noviembre de 1532): «Un servidor en una enfermedad sale hecho medio doctor para enderezar y ordenar su vida en gloria y servicio de Dios N.S.». Obras, 722.

5. «Mucho aprovecha el leer algunos ratos en los libros de la Imitación de Cristo, o de los Evangelios y de vidas de santos» [A 100].

Empieza también a imaginar y plantearse qué cosas podría imitar, a pesar de las dificultades externas que pudieran presentarse.

La imagen del santo como modelo empieza a actuar en la vida de Ignacio. Por eso, las vidas de los santos tienen tanta importancia. Hemos perdido en nuestra civilización la pedagogía del héroe: el héroe tradicional, el héroe épico, el héroe santo. Sin embargo, cuántos otros modelos, cuántos otros «héroes» son presentados por los medios de comunicación a la consideración de los jóvenes: los héroes, actores o actrices, cantantes, deportistas... En realidad, la figura del héroe, considerada ampliamente, pertenece a la estructura de lo que se puede presentar a la consideración humana.

San Ignacio, pues, está embebido en unas y otras consideraciones, en unos y otros pensamientos, y cuando el cansancio le asalta se dedica a pensar en otras cosas. Hemos visto cómo consideraba que en toda esa situación de enfermedad, de alternancia de unos y otros pensamientos, Nuestro Señor le socorría, dice él. Es decir, se da cuenta de que, aunque en el momento él pudiera no captarlo, ahora tiene la convicción de que todo ello estaba dentro de un plan providencial. La enfermedad, en muchos casos, o una desgracia o un duelo, pueden ser una ocasión inmensa de gracia. Para san Ignacio lo fue hasta tal punto, que se pone en dinámica de decisión, de cambio total de su existencia. Dios se sirve de la lectura de los libros, de la enfermedad, de esos santos héroes que suscitan una atracción formidable sobre su ánimo inmensamente generoso. No cabe duda de que, aunque al principio pudiera parecer que está demasiado apoyado en sus solas fuerzas o en sus meros deseos, en realidad ese ánimo generoso siempre es sostenido por la gracia y tiende a ella.

Así fue el ánimo de Francisco de Javier, joven brillantísimo en los estudios de París, que quiere hacer carrera en el mundo eclesiástico. Sin embargo, Ignacio descubre que ese ánimo generoso hay que orientarlo bien para que se entregue hacia el que verdaderamente puede colmar todos esos deseos y grandezas, esas ansias de triunfo: «Javier, ¿de qué le vale a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» Este deseo de imitación de los grandes santos es el que sopesa, a continuación, en relación a los deseos de mundo que inicialmente tenía.

En un instante, comprueba que los pensamientos de mundo hacia los que inicialmente tenía atracción,

le dejan triste; y, sin embargo, con los otros pensamientos, en lo arduo y difícil de las penitencias y de las abnegaciones de los santos, se quedaba contento. «Poco a poco viene a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio y el otro de Dios». Es decir, se trata de un camino lento: esto no es encender un ordenador y que me dé unos resultados con los datos que yo he introducido. Hace falta ejercitarse y discernir lo que uno siente del espíritu, es un ejercicio de oración. Por eso, en san Ignacio de Loyola tendrá tanta importancia el examen de conciencia: no es mirarse el ombligo, ni repasar una lista de pecados en los que uno ha podido caer o no. No. Es un ejercicio espiritual de lectura de la propia vida con los ojos de Dios, viendo los efectos que se van sucediendo en la propia existencia.⁶

Este es un momento trascendental en la vida de Ignacio y tendrá una influencia grande tanto en los Ejercicios como en el modo de enseñar a buscar y abrazar la voluntad de Dios.

Dios se sirve de la lectura de los libros, de la enfermedad, de esos santos héroes que suscitan una atracción formidable sobre su ánimo inmensamente generoso.

La conversión de Ignacio atraviesa, desde hace cinco siglos, la vida de la Iglesia a través de su carisma y su obra, la Compañía de Jesús. No fue inútil. La historia cuenta que la casa solariega de Loyola se resquebrajó. El demonio, «enemigo de la naturaleza humana» sabía que estaba emergiendo uno de sus peores enemigos.⁷

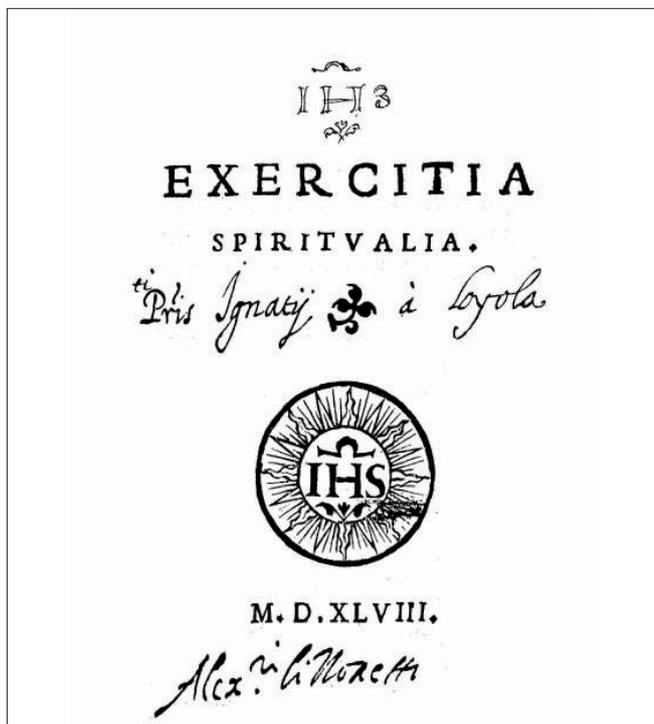
6. M. Ruiz Jurado, «Examen de conciencia»: DHCJ II, 1345-1346; M.I. Rupnik, El examen de conciencia: para vivir como redimidos (Monte Carmelo, Burgos 2005); A. Araujo Santos, «Mas él, examinándolo bien...» (Au 27). El examen de conciencia en la espiritualidad ignaciana (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2016); S. Spanu, Guida all'esame di coscienza secondo il metodo di sant' Ignazio (AdP, Roma 2006).

7. He desarrollado con mayor amplitud toda esta etapa y el resto de la vida de san Ignacio en P. Cervera Barranco, El peregrino de Loyola. La «Autobiografía» de san Ignacio de Loyola, escuela de discernimiento espiritual (BAC, Madrid 2017).



La fecundidad de los Ejercicios espirituales

MANUEL VARGAS CANO DE SANTAYANA



Exercitia spiritualia (1548).
Primera edición de Antonio Bladio, Roma

Origen de los Ejercicios

ÍÑIGO de Loyola fue herido en la rodilla en el otoño de 1521. Sus adversarios franceses, en reconocimiento de su coraje, lo condujeron a la casa solariega que su familia tenía en Loyola, entre las villas guipuzcoanas de Azpeitia y Azcoitia. En su ánimo pesaba el dolor de la derrota y la incertidumbre por su futuro. El Señor había estado esperándole durante años y en los siguientes meses se encontraron.

La intervención milagrosa de la Virgen le curó de los pecados carnales que habían enturbiado su pasada juventud. Leyó la vida de Cristo y la de algunos santos, como entretenimiento para pasar aquellas semanas de convalecencia. Comprobó que producían en él un efecto distinto al gozo efímero que le aportaban los libros de caballería. Este fenómeno le hizo descubrir que existe una dimensión de la realidad que está fuera del alcance de nuestros

sentidos, y que tanto la consolación como la desolación producidas en el alma son efecto de mociones interiores del buen y el mal espíritu. Todo un mundo se abrió para el guerrero derrotado, y comenzó a percibir esta novedad como lo mejor que le había ocurrido hasta entonces.

Unos meses bastaron para que Jesucristo ocupara el centro de la vida de Íñigo de Loyola. Se decidió a entregarse a su servicio, a seguir como peregrino la senda iniciada antes por los santos, a buscar y cumplir la voluntad divina en su vida. Y esto le llevó, tras despedirse de su familia y visitar a la Virgen en Olaz y Aránzazu, a ponerse a los pies de Nuestra Señora en Montserrat. Tras una confesión general que duró varios días, y una vela de armas por espacio de una noche al estilo de los caballeros medievales, marchó a la cueva de Manresa, junto al río Cardoner, donde permaneció casi nueve meses dedicado a la oración y la penitencia. Aquellos meses vivió una experiencia tan viva del Señor, que troqueló su personalidad y dejó en su alma una huella imborrable. Luces divinas y tentaciones espantosas, deseos profundos de santidad y silencios ensordecedores de desolación espiritual, vivas imágenes de la humanidad de Cristo y sutiles engaños del demonio... Íñigo va dejando de ser el soldado desgarrado y vano para irse convirtiendo en san Ignacio, el hombre de Dios que toma anotaciones de lo que el Señor pone en su alma y va dejando constancia de la obra de Dios en su interior.

Esta brevísima reseña histórica es el origen de los Ejercicios espirituales que conocemos. Las meditaciones que nos proponen cada año, los momentos de oración silenciosa, el apartamiento de nuestros amigos y trabajos, persiguen revivir la experiencia espiritual de este santo.

Qué es «hacer Ejercicios»

HACER Ejercicios no consiste en recibir un cursillo de temática religiosa. Tampoco es una convivencia de personas que comparten convicciones o ilusiones apostólicas. El objetivo que persiguen los Ejercicios es ponernos ante Jesucristo vivo y resucitado, que hoy viene a nuestro encuentro como se mostró a san Ignacio.

Al término de los meses transcurridos en Manresa, san Ignacio se vio impulsado por el Señor a dedicarse a una vida apostólica, sin perder la intimidad que había alcanzado con el Señor hasta entonces. Es desde ahora un apóstol que busca ganar almas para Cristo, un contemplativo que quiere colaborar con el Señor en la obra de la redención comenzada por Cristo y que prolonga hoy la Iglesia en la historia.

El libro de los *Ejercicios espirituales* no es un libro al uso: no se publicó en una editorial ni san Ignacio pretendió que llegara al público en general. Durante años fue un cuadernito que él conservaba y del que se sirvió para ir proponiendo personalmente a mucha gente unas semanas de retiro: es el guión esquemático con el que el santo introdujo a otros en su misma experiencia espiritual.

Inicialmente pensó en los Ejercicios como una práctica que ha de realizarse por espacio de un mes, aunque pronto admitió que podía adaptarse este ideal a tandas más breves. También tenía previsto al inicio que se hicieran una sola vez en la vida, aunque posteriormente vio la conveniencia de repetir cada año este retiro de forma condensada. Su deseo era que pudieran hacerlo personas de toda condición atendidos personalmente, aunque la difusión que pronto alcanzaron los Ejercicios explica que se comenzaran a ofrecer tandas a grupos numerosos.

Contenido de los Ejercicios

Los Ejercicios espirituales se articulan en cuatro «semanas», conforme al proyecto inicial de un mes de duración. Aunque se acorten a cinco u ocho días, seguimos manteniendo este esquema de ejercicios de primera, segunda, tercera y cuarta semana, porque —en cada parte— son distintos el fruto deseado y la materia de meditación.

La primera semana se abre con el célebre *Principio y fundamento*, pórtico de los Ejercicios que nos pone ante la meta de la vida humana. Somos criaturas, no el centro del universo, hemos sido creados por amor y llamados a un destino eterno en el Cielo. Las cosas de la tierra tienen un valor instrumental y por eso han sido creadas como medios y no como fines. Hemos de hacernos indiferentes ante todo lo creado para poder responder, libres de todo afecto desordenado, a lo que Dios espera de nosotros. Las meditaciones sobre los pecados nos permiten captar la realidad de nuestra vida, la desproporción que existe entre la meta a la que somos llamados con respecto a la situación pobre en la que nos encontramos. Puestos ante Cristo, herido y crucificado por nuestros pecados, caemos en la cuenta de lo que hi-

cimos contra Él, de lo que actualmente somos para Él y de lo que hemos de hacer en adelante por Él.

En este momento cumbre de Ejercicios, hundidos por el peso de nuestras culpas pero confortados por el amor misericordioso del Señor, san Ignacio nos anima a escuchar la llamada que nos hace Jesucristo, la llamada del Rey: el Señor tiene el anhelo de salvar todas las almas, de culminar la obra de la redención que inició con su Encarnación y muerte en cruz. Y Él, no sólo nos hace objeto de su amor, sino que incluso quiere invitarnos a ser colaboradores suyos. A pesar de la pobreza de nuestra vida y la mezquindad de nuestro corazón, cuenta con nosotros y nos anima a seguirle y a servirle. Somos invitados a responder a su llamada, tan generosamente como estemos dispuestos: podemos ofrecernos para colaborar con Él, e incluso entregarnos haciendo oblación de nosotros mismos. San Ignacio entendía que, llegados a este punto de los Ejercicios, quizá

La fuerza de los Ejercicios no procede de la elocuencia del predicador, ni de las cualidades de los ejercitantes, sino de la gracia divina.

muchos hayan alcanzado lo que desean e incluso lo que Dios espera de ellos: enmienda de los pecados pasados, propósito de no ofender al Señor en lo sucesivo, disposición para integrarse como católico ferviente en la vida de la Iglesia. Por esta razón, muchos no reciben más que Ejercicios de primera semana, porque —bien hechos— eso bastaría para que sean buenos católicos. La llamada del Rey actúa como pórtico de entrada de las siguientes semanas de Ejercicios, que consistirán en la contemplación de los misterios de la vida (2.^a semana), pasión (3.^a semana) y resurrección (4.^a semana) de Nuestro Señor, a quien hemos decidido acompañar. Nuestro deseo es vivir con Él y como Él y por eso le pediremos insistentemente que nos conceda conocimiento interno de Él para que más le amemos y le sigamos.

El itinerario de las meditaciones de la vida de Cristo se interrumpe para considerar las *Dos banderas* y los *Tres binarios*, meditaciones típicamente ignacianas con las que quiere ayudarnos el Señor a no ser engañados por el maligno. En el transcurso de estas meditaciones se inscribe también el proceso de elección, que permite orientar nuestra vida conforme al querer de Dios, o bien reorientarla — reforma de vida— cuando la orientación ya fue tomada correctamente con anterioridad.

Tras contemplar a Cristo resucitado y sus apariciones a la Santísima Virgen y los discípulos, el colofón de estos días de retiro es la llamada «Contemplación



para alcanzar amor», que nos ayudará a vivir la vida ordinaria como contemplativos en la acción.

El librito de los *Ejercicios* no solo incluye las meditaciones de las cuatro semanas que hemos enumerado brevemente. También contiene otros textos a los que englobamos bajo el nombre de «documentos» que sirven para la instrucción de los ejercitantes y que acumulan una gran sabiduría espiritual: las adiciones y anotaciones, las reglas (de discernimiento de espíritus, para sentir con la Iglesia, para ordenarse en el comer y para distribuir limosnas), el examen, los tiempos y reglas para hacer elección, etc.

¿Qué dice la Iglesia sobre los Ejercicios?

LA primera aprobación que recibió el librito ignaciano fue en el año 1548 del papa Pablo III, quien decía: «Exhortamos a los fieles de ambos sexos, en todas partes del mundo, a que se valgan de los beneficios de estos Ejercicios espirituales y se dejen plasmar por ellos». Más recientemente, el papa Pío XI dedicó una encíclica a los Ejercicios espirituales en el año 1929 que llevó por título *Mens nostra*, en la que llegó a afirmar: «En esta palestra han adquirido o amplificado sus virtudes todos los que han florecido en santidad en los últimos cuatro siglos». El cardenal Plá y Deniel sostenía a mediados del siglo xx que lo que santo Tomás de Aquino es a la teología lo es san Ignacio de Loyola con sus Ejer-

cicios a la dirección de las almas. Más actuales todavía son las recomendaciones que han hecho de los Ejercicios san Pablo VI en 1965 («son la predicación más eficaz») y san Juan Pablo II en 1979 («espero que sacerdotes, religiosos y laicos continúen siendo fieles a esta experiencia y le den incremento»).

Este respaldo de los pontífices a los Ejercicios de san Ignacio no solo se debe al efecto que la experiencia ha comprobado que producen, sino también a que sus enseñanzas prolongan la doctrina tradicional. En efecto, los estudiosos han descubierto en el texto la influencia de autores patrísticos como Orígenes, Casiano y san Juan Clímaco, y otros autores espirituales como Cisneros, Tomás de Kempis y Ludolfo de Sajonia. ¿Cómo es posible que el escrito de san Ignacio reúna tanta riqueza espiritual, habida cuenta de que escribió este texto cuando apenas había leído tres o cuatro libros espirituales en su vida? La Iglesia con su Magisterio reconoció que el dedo de Dios está sobre esta obra...

Importancia de los Ejercicios

LA trascendencia de este librito en la historia de la Iglesia no ha permanecido oculta ni siquiera a quienes no comparten nuestra fe católica: el historiador protestante Fülöp-Miller reconocía con pesar que «ninguna otra obra de la literatura católica se le puede comparar en cuanto a la influencia histórica ejercida». No parece exagerada esta afirmación: los Ejercicios llevan publicadas más de 4.800 ediciones en al menos 19 idiomas; san Francisco de Sales decía (¡en 1622!) que ya habían operado «más conversiones que letras tiene»; innumerables santos le deben a esta experiencia su vocación (san Francisco Javier, san Alonso Rodríguez, san Francisco de Borja, san Isaac Jogues, san Luis Gonzaga, san Pablo Miki, san Roberto Belarmino, san Alberto Hurtado, etc.); y cada año seguimos haciendo Ejercicios millones de personas en todo el mundo. Como botón de muestra, podemos recordar que solamente en 1949, y solamente entre religiosos, hicieron Ejercicios 7.030.141 personas...

¿De dónde proviene su fecundidad asombrosa?

LA fuerza de los Ejercicios no procede de la elocuencia del predicador, ni de las cualidades de los ejercitantes, sino de la gracia divina. Los primeros jesuitas (por ejemplo, los padres Polanco y Astrain) reconocían en su tiempo que esta obra es «un don singularísimo y enteramente sobrenatural hecho por Dios» a la Iglesia a través

de san Ignacio, y llegaron a decir: «Dios enseñó a Ignacio los Ejercicios espirituales».

La acción de Dios no se limita a la inspiración que san Ignacio pudo recibir para escribir el libro, sino que cada tanda de Ejercicios es ocasión propicia para que el Señor acceda personalmente a cada ejercitante: inspira deseos de santidad, ofrece luz para comprender los misterios de la fe, suscita compunción por los pecados, enciende el corazón en amor... La gracia de Dios actúa de manera especialmente intensa en Ejercicios cuando cuenta con la colaboración libre de los ejercitantes que los hacen «con grande ánimo y liberalidad».

Actualidad de los Ejercicios

HAY muchas formas de hacer retiro espiritual en la Iglesia y hacen mucho bien a quienes las practican. Sin embargo, esto no resta ni un ápice de actualidad a la experiencia de los Ejercicios espirituales, que siguen siendo distintos y especiales a cualquier otro modo de oración.

En efecto, en un tiempo ruidoso como el presente

(en el que vivimos saturados de informaciones e interconexión virtual) es muy conveniente el silencio en el que nos zambullimos en Ejercicios.

También en este momento histórico, en el que socialmente hay un notable emotivismo, es más conveniente que nunca la solidez teológica de la obra de san Ignacio, que infunde certezas y forma sólidamente el corazón.

San Ignacio nos ha dado en los Ejercicios una clave para la transformación de la sociedad: el Reino de Cristo crece por el lento camino de conversión personal que obra la gracia en cada persona que se entrega a Jesucristo.

San Ignacio, finalmente, nos ha dado en los Ejercicios una clave para la transformación de la sociedad: el Reino de Cristo crece —más que por las decisiones macroeconómicas o políticas que puedan tomar las autoridades civiles— por el lento camino de conversión personal que obra la gracia en cada persona que se entrega a Jesucristo.

«La Sede Apostólica tomó este negocio por suyo»

En este mismo tiempo, con la suficiencia de letras que hemos dicho que tenía (que era solamente leer y escribir), escribió el libro que llamamos de los Ejercicios espirituales, sacado de la experiencia que alcanzó y del cuidado y atenta consideración con que iba anotando todas las cosas que por él pasaron. El cual está tan lleno de documentos y delicadezas en materia de espíritu, y con tan admirable orden, que se ve bien la unción del Espíritu Santo haberle enseñado y suplido la falta de estudio y doctrina. Es cosa muy probada y manifiesta en todo el mundo el fruto que ha traído por todas partes el uso de estos sagrados Ejercicios a la república cristiana.

La Sede Apostólica tomó este negocio por suyo, y después de mucha información y gravísimo examen, interpuso su autoridad y aprobó el libro de los Ejercicios, loándolos, y exhortando y persuadiendo a todos los fieles que lo leyesen, tuviesen y hiciesen, como claramente consta por las bulas de nuestro muy Santo Padre Paulo III, Vicario de Cristo Nuestro Señor, las cuales se publicaron el año 1548.

Pedro de RIBADENEYRA S.J., De libro de los *Ejercicios espirituales*

La pastoral de san Ignacio de Loyola

FRANCISCO RECARRENN HNSSC

Es difícil permanecer indiferente a la sabiduría práctica de los Ejercicios espirituales. El testimonio de miles de santos misioneros, mártires, padres de familia y del mismo Magisterio dan prueba de la autoridad del pequeño librito, sin duda fruto de especial inspiración del Cielo.

Pero es indiscutible también que los Ejercicios espirituales en todo su rigor, tal como los concibe san Ignacio de Loyola, no están pensados para todos los fieles sino para quien «pueda aprovecharse de ellos». ¿Es posible, entonces, servirse de la doctrina y método espiritual ignaciano para quienes, por la rudeza del entendimiento, la debilidad de la voluntad, la fragilidad física, o la inmadurez de la edad son incapaces de hacer los Ejercicios espirituales tal como los concibe su autor? ¿Encontramos en san Ignacio un camino universal asequible a todo el mundo para avanzar en la vida espiritual? El padre Calveras, en numerosos artículos en torno a las aplicaciones de los Ejercicios espirituales muestra que sí¹.

La anotación 18

SAN Ignacio manda al director discernir si hay sujeto capaz de recorrer «descansadamente» el camino de los Ejercicios, y si se muestra incapaz no debe hacerle pasar más allá de la primera semana. Dice la anotación nº 18 de EE: «según la disposición de las personas que quieren tomar *ejercicios espirituales*, es a saber, según que tienen edad, letras o ingenio, se han de aplicar los tales ejercicios; porque no se den a quien es rudo, o de poca complisión, cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse con ellas». Comentando esta anotación dice el padre Calveras: «a tres disposiciones, pues, hay que atender para aplicar los Ejercicios en mayor o menor grado: capacidad intelectual

1. Todo el artículo sigue de cerca los estudios del padre José Calveras publicados en la revista *Manresa* y posteriormente editados en la BAC.

José CALVERAS, SI. *Oración y discernimiento ignaciano. Estudio sobre los Ejercicios de san Ignacio*. Edición preparada por Jaime Pérez Bocherini Stampa. BAC, Madrid 2017. Artículos sobre los tres modos de orar p.723-844. Artículos sobre las aplicaciones de EE. 908-951

(...), fuerzas físicas (...); y disposición de la voluntad, para no hacer trabajar a nadie en aquello que no aspira (...). Cualquier análisis de la situación cultural-pastoral de nuestro tiempo dejará ver la actualidad pastoral de la anotación 18 referida tanto a los rudos de entendimiento (carencia de pensamiento abstracto), como a los «corazones líquidos» dominados por las pasiones, emociones, apetitos etc, y faltos de verdadera determinación para buscar «el solo servicio y alabanza de su divina Majestad». ¿Acaso estos deben desesperar del fin de los Ejercicios, es decir una vida ordenada a «todo amar y servir a su divina Majestad»? ¿No debemos aspirar para ellas aquello que decía el santo de Loyola en carta al padre Ribadeneira: «á sí mismo enteramente conozca, y á su divina Majestad dentro en su ánima sienta, porque preso de su amor y gracia, sea suelto de todas criaturas del mundo? ». Sí, debemos desearlo y buscarlo, la cuestión es ¿de qué manera?

La pastoral ignaciana

EN este sentido resultan muy interesantes los estudios exhaustivos y completos del padre Calveras sobre los célebres «ejercicios leves» o «ejercicios mixtos» donde el santo de Loyola aplicaba la doctrina de EE a un público más general y amplio. No hay espacio para anotar todos los aportes del análisis del padre Calveras, pero podemos analizar dos elementos que se desprenden de «la pastoral de san Ignacio» y que pueden ser de gran provecho para la pastoral de hoy (y para la educación en general).

1. Buscar el fruto de la primera semana

Lo primero que podemos resaltar es precisamente que «no pasan a segunda semana» sino antes deben buscar principal y exclusivamente el fruto de la primera semana. Esto nos da una pauta importante: el primer paso de la vida espiritual es ponerse en verdad delante de sí mismo y de la misericordia de Dios. La primera semana con el examen, la historia de los pecados, la meditación del Infierno etc busca directamente la conversión del corazón para pasar del pecado a la gracia y mirar la propia vida desde

los ojos de Dios que perdona y sana. El encuentro sincero con la vocación del hombre, consigo mismo y con su Creador, lleva al alma a una profunda contrición de corazón, detestación del pecado y sucedáneos (espíritu del mundo, imperfecciones etc) y un deseo profundo de conocer a Dios «*que me amó y se entregó por mí*» (Ga 2, 20). El primer paso de la vida espiritual culmina mirando a Cristo crucificado y preguntándose (y preguntándole) en coloquio de misericordia: ¿qué ha hecho Cristo por mí? muere como malhechor por mi liberación Y ¿qué he hecho yo por Él? ¿qué debiera hacer por Él?

2. Iniciación a la oración: los tres modos de orar

Sin duda aquí hay una clave importante, pero no la única nota que toca san Ignacio «para quienes no deben pasar adelante». Dice la misma anotación 18: «Para ayudarlos a instruirse y llegar hasta cierto grado de contentar su alma se den los exámenes de conciencia (particular y general), y el modo de orar juntamente con el sacramento de la penitencia y la comunión (cada ocho días)». El estilo parco en palabras de san Ignacio puede engañarnos. Lo dice de pasada y sin énfasis ninguno, pero los documentos de «ejercicios leves y mixtos» recogidos por el padre Calveras dan fe de la relevancia que tenían los modos de orar para san Ignacio. El santo de Loyola introducía a las almas en vida de oración mediante estos modos de oración.

San Ignacio los explica en el libro de EE después de la 4ª semana, como una manera práctica para que el ejercitante lleve a la vida cotidiana los frutos de las semanas de EE. Se trata de modos o maneras de elevar la mente a Dios para introducirse en vida de oración y examinar la vida. Una guía clara y pedagógica especialmente útil para los primeros pasos en el trato con el Señor.

Estructura clara y flexible tomada de las meditaciones y contemplaciones ignacianas, con las adiciones acostumbradas, peticiones y coloquios; por otra parte, se distingue de ellas en la materia y la forma de orar. En primer lugar la «adición de entra-

da»: «antes de entrar en la oración repose un poco el espíritu asentándose o paseándose, como mejor le parezca, considerando a dónde voy y a qué». Luego la oración preparatoria que variará según la materia y marca la estructura y el fin de la oración; la petición establece un orden prefijado y un objeto a la oración que hace más fácil fijar en Dios las potencias. Además nos recuerda que el fruto de la oración (lo que se pide) es un don gratuito de Dios, no un logro de introspección psicológica. Después la misma oración (dependerá de cada modo) entrelazada con oraciones vocales para terminar con el coloquio delante del Padre, de Jesús, la Virgen o los santos.

Primer modo de oración

EL primer modo de oración toma como materia la instrucción cristiana básica de la moral: mandamientos, pecados capitales, potencias del alma y cinco sentidos corporales. Se estructura repasando en presencia de Dios cada mandamiento o pecado o potencia en un tiempo limitado, «pidiendo luz para alcanzar inteligencia del mismo» juntamente con la gracia del arrepentimiento sincero en caso de faltas; finalmente se acaba con un coloquio a Dios Nuestro Señor «según *subjecta* materia». De forma fácil y serena se pone la vida moral humana general y personal en manos de Dios para alcanzar entendimiento (y gozo) espiritual de su Ley.

Método admirable por su interioridad y sobrenaturalidad. En efecto ¿no sacará provecho un niño que aprende a mirar su alma delante de Dios bajo la guía de los mandamientos? ¿no afianzará su caridad quien repasa con asco la fealdad de los siete pecados capitales en sí mismos y en su vida, y al mismo tiempo con gusto medita la belleza de las siete virtudes opuestas? ¿no ayudará a la educación de adolescentes y jóvenes la consideración de la naturaleza de sus propias potencias espirituales (entendimiento, memoria y voluntad) en diálogo con Dios Nuestro Señor? ¿No podrá Él darles a entender la belleza y hondura de sus almas, ya que pocos, muy

«Maravillas de fe y de santificación»

«La práctica de los Ejercicios ha producido maravillas de fe y de santificación, haciendo irradiar la perfección cristiana de la vida personal a la familiar y a la vida social».

San Pío X, 1910



San Ignacio de Loyola de Martínez Montañés (s.xvii)

pocos, maestros humanos lo hacen en la escuela? En efecto, aun necesitando de la debida instrucción y guía, «*más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comuniquen a la su ánima devota*» (anotación 15, EE nº 15).

Segundo modo de oración: orar con las palabras

Pero no solo hay vida moral, junto a la Ley y el examen están los misterios de la fe que profesamos y esperamos un día gozar. Aquí entran el segundo y el tercer modo de oración. El segundo mueve a la fe «contemplando la significación de cada palabra» [249] de las oraciones tradicionales. La materia se saca de las oraciones vocales, los himnos de la Escritura, las fórmulas de la fe (Credo), las oraciones litúrgicas etc. La estructura la define la misma oración vocal, pues consiste en seguir palabra por palabra las oraciones para encontrar «significaciones, comparaciones, gustos y consolación en consideraciones pertinentes a la tal palabra (...)» [252]. Las palabras se extienden y estiran para ahondar en su significado; se unen en esta línea la instrucción del director, el esfuerzo intelectual que razona e investiga, el impulso de la voluntad y el afecto hacia lo significado por las palabras, y la oración confiada que se eleva hasta la presencia de Dios que ilumina y sostiene el trabajo de las potencias. Así bajo la luz del Espíritu Santo que obra en el interior aparece la inteligibilidad interna de las palabras que mueve por amor hacia «el Dios escondido» en las fórmulas de la fe de la Iglesia.

Nuevamente encontramos gran actualidad en la

pedagogía ignaciana, porque aunque en la vida humana lo más significativo son las palabras, no obstante ¡cuántas veces se tornan vacías y estériles! El lenguaje cristiano ha perdido significado en nuestra cultura, y junto con hacerlo más cercano y emotivo (necesario sin duda), resulta urgente también ponerlo bajo la luz de la oración en presencia de Dios. Sin duda entrar en la presencia de Dios desde las palabras de la fe será más eficaz que ningún recurso emocional o tecnológico. ¿No podrá Dios dar a conocer el verdadero sentido del lenguaje de la Iglesia más eficazmente que nuestros recursos emocionales?

Tercer modo de oración u oración por compás

Pero hay veces que el trabajo intelectual sobre las palabras se hace imposible; san Ignacio propone un método todavía más simple e intuitivo: la oración por compás (o tercer modo de oración): « (...) de manera que una sola palabra se diga entre un anhélito y otro, y mientras durare el tiempo de un anhélito a otro, se mire principalmente en la significación de la tal palabra, o en la persona a quien reza, o en la *baxeza* de sí mismo». Ya no se trata de razonar sino solo de acompañar las palabras de las oraciones vocales con la respiración del cuerpo. ¿Hay algo más sencillo? El ritmo de la oración toma el ritmo de la respiración serena y pausada para saborear las palabras una por una, como descansando en cada una de ellas. Si el segundo modo aviva especialmente la fe razonando sobre las verdades contenidas en las fórmulas, el tercer modo enciende la esperanza, dejando que el deseo se configure se-

gún las palabras, que entran en el alma como gotas de agua en la esponja. Apunta el padre Calveras que este modo se asemeja más a la contemplación; las palabras dejan espacio al anhelo de Dios, se transforman como en una mirada al Creador del Cielo y de la tierra.

interior conforme a los deseos de san Ignacio. Por nuestra parte, rescatamos estos dos puntos: la insistencia en el fruto de la primera semana (el arrepentimiento delante de Cristo crucificado) y la vida de piedad y oración desde los modos de oración ignacianos. Especialmente estos últimos nos parecen un preciosísimo tesoro para muchas almas que piden

Conclusión

EVIDENTEMENTE caben otras reflexiones en torno a la *pastoral de san Ignacio* (la importancia primera y fundamental de los sacramentos, especialmente Eucaristía y confesión; los acentos en la predicación y en la formación litúrgica, la importancia de las oraciones vocales, etc). No podemos alargarnos en todo, sirva la referencia al padre Calveras que no ahorra detalles en sus valiosísimos artículos de la revista *Manresa* para mover a una pastoral de vida

El primer paso de la vida espiritual culmina mirando a Cristo crucificado y preguntándose (y preguntándole) en coloquio de misericordia: ¿qué ha hecho Cristo por mí?

una guía certera en su sed de Dios y de oración, un mapa estupendo para que «á sí mismo enteramente conozcan, y á su divina Majestad dentro en su ánima sientan, porque presos de su amor y gracia, sean sueltos de todas criaturas del mundo».

De lo sobrenatural de los Ejercicios



Vela de las armas de Cristo
Cuadro al óleo del H. Martín Coronas, S. J., existente en la Iglesia de Montserrat

Y ¿quién podrá dudar que en nuestros tiempos de naturalismo y de neopelagianismo, de exaltación presuntuosa, necia y verdaderamente herética de las fuerzas psíquico-morales de la naturaleza y de la voluntad humana, pide la mayor gloria de la divina Majestad, que se hable y no poco de la necesidad y de la virtualidad sanativa y salvadora de la fe y de la gracia?

Tantos libros y revistas empapados o, por lo menos, resabiados de espíritu naturalista, llenos de ridículas ponderaciones del poder de la autogestión y del valor ético del optimismo; tanto alarde de observaciones empíricas y lucubraciones pseudopsicológicas, en que se pretende fundar una ciencia novísima de educación, así personal como social, reclaman imperiosamente que se enseñe y recuerde a los hombres que a aquel grito de angustia nacido

de lo más hondo de la miseria y de la impotencia humana, a aquel gemido de san Pablo, al exhalarlo, representante y como apoderado de todo el género humano —¿quién me librará de este cuerpo de muerte?—, no se le ha de contestar ofreciendo específicos y medicinas de la farmacia estoica de Crisipo o de Epicteto, todo ello trasnochado y averiado, sino alentando la confianza que no confunde en el remedio celestial y eterno: la gracia de Dios por Jesucristo.

P. Ramón ORLANDIS, *Manresa*, Julio 1936, nº4 Año XII

La total transformación de Ignacio en su estancia en Manresa

GERARDO MANRESA PRESAS



EL día de la Encarnación salió Ignacio de Montserrat hacia Manresa, después de pasar toda la noche en vela de armas ante la Virgen, oír misa y comulgar, pues quería retirarse unos días a un hospital para tomar apuntes de todas las mociones y gracias que había experimentado en aquella noche de vela. En el camino pasó por la ermita de los Santos Apóstoles, donde se encontró con varias personas, entre ellas doña Inés Pascual, Paula Amigant, y otras que después ayudarían mucho a Ignacio. A pesar de su pobre apariencia, dio muy buena impresión por la cara de bondad que tenía.

Le acompañaron al hospital de pobres, que era el más próximo. Para ir al hospital se tenía que pasar por la ermita de Nuestra Señora de la Guía, junto a la cruz de término de la ciudad, donde Ignacio paró para salu-

dar a su Madre. Antes de entrar en el hospital Ignacio quiso ir a rezar a la Seo de Manresa; tras dos horas de oración el santo entró en el hospital de Santa Lucía, donde ya le esperaban, pues doña Inés Pascual ya había avisado. y encontró la cena preparada en la mesa.

La estancia de Ignacio en Manresa, que debía durar pocos días, se transformó en una larga estancia de diez meses. Las razones de este cambio de planes se debieron a tres razones. La primera fue el retraso del nuevo papa Adriano VI en llegar a Roma. Adriano de Utrecht, fue el regente de Carlos V en España durante el período en que Carlos estuvo en Alemania para ser coronado emperador. Adriano VI estaba recorriendo diferentes provincias españolas cuando le llegó la noticia de su elección papal y se entretuvo en las visitas en España antes de irse a Roma. Ignacio quería ir a Roma para pedirle permiso al Papa para llegar a Tierra Santa, pues en aquel momento estaban suspendidos los viajes a Tierra Santa, pues Solimán, el Magnífico, estaba en guerra contra los países balcánicos y Venecia, que era la gran potencia marítima, había suspendido los viajes. En segundo lugar, fueron las enfermedades que tuvo en aquel año en Manresa y en tercer lugar la peste declarada en Barcelona, que también hizo cambiar a Adriano VI el plan de embarcarse en Barcelona y lo hizo en Tortosa.

Pero Dios hizo que Ignacio «no perdiera el tiempo» en Manresa y le consoló con el período más importante de su vida: la redacción del libro de los *Ejercicios espirituales*.

Primera época

LA estancia de Ignacio en Manresa tuvo tres periodos diferentes.

El primer período, que duró unos cuatro meses, fue de paz espiritual. Ignacio ordenó su vida exterior, pues tuvo sus dificultades. El primer problema fue que dejó el hospital de Santa Lucía, seguramente porque no encontró la tranquilidad que necesitaba para escribir sus mociones y gracias recibidas, y, a primeros de abril, se fue al convento de Santo Domingo, mientras buscaba una casa, que pronto encontró doña Inés Pascual para él, pero en poco tiempo volvió al hospital.

La forma de vestir, tal como hemos dicho, era un saco de peregrino con un cinturón de cordel y un cordel colgando para anotar con nudos para cuando hacía exámenes de conciencia. Pedía caridad cada día, no tomaba carne, ni vino, tan solo los domingos no ayunaba. No cuidaba su cabello, ni sus uñas de manos y pies, pues en su antigua vida había sido muy vanidoso en estos temas. En Manresa fue conocido como el *hombre del saco*, *l'home del sac*, o el *hombre santo*.

Dice el padre Láinez que «Se alejaba de todos los que le podían reconocer o tener buena reputación y perseveró durante algunos meses en tanta austeridad de penitencias que no dejaba que su cuerpo tuviera delectación alguna, de forma que, de tener una complexión fuerte y buena, como soldado que era, transmudó enteramente su cuerpo. Los cuatro primeros meses no entendía casi nada de las cosas de Dios, pero era ayudado especialmente en la virtud de la constancia y fortaleza.»

En Manresa conoció y leyó por primera vez el *Kempis* (el *Gersoncillo*, que se llamaba entonces) y nunca más quiso leer otro libro de devoción. Es el libro que recomendaba a todo el mundo.

En este período se pueden destacar dos devociones externas de Ignacio, la primera la devoción a la Santa Cruz: en los caminos de entrada a muchas poblaciones catalanas antiguas había lo que se llama cruces de término, cosa que impresionó mucho a Ignacio, que las visitaba frecuentemente. La segunda devoción fue a las imágenes de la Virgen y sobre todo que frecuentemente levantaba la vista hacia Montserrat, donde la *Moreneta* presidía la ciudad de Manresa. También frecuentaba muchas ermitas de la Virgen en Manresa y alrededores, además de la Virgen de la Guía, la de Viladordis, la de Gracia, la del Pópulo y la Purísima.

Aparte de los ayunos, la penitencia que hacía el santo era extrema y los rudos instrumentos para ello los tenía guardados en la caja donde guardaba su ropa y sus aseos.

El período de paz que vivió durante estos primeros meses no significa que no tuviera tentaciones del enemigo, incluso el mismo día que llegó de Montserrat tuvo tentación de vanagloria. El demonio intentó desorientarlo con apariencias sobrenaturales y solo al cabo de varios meses él consiguió entenderlo. El santo oraba siete horas al día y el resto se ocupaba en ayudar, en cosas espirituales, a otras personas que lo necesitaban y en pensar en cosas de Dios. Cuando se iba a dormir, sucedía muchas veces que le venían grandes noticias y consolaciones espirituales, de forma que le hacían perder el tiempo destinado a dormir, que era más bien poco. Pensando que él tenía tantas horas dedicadas a Dios, ¿cómo era posible que le vieran estas mociones a la hora de dormir? Y así em-

pezó a dudar que fueran del buen espíritu y resolvió dejarlas y dormir el tiempo destinado a ello.

Esta tentación se le repitió también en Barcelona durante sus horas de estudio.

Segunda época

HACIA el mes de julio empezó la segunda época de tribulaciones; Ignacio no mudó para nada su forma de vida: lo que se transformó enteramente fue el estado de su alma.

La *primera arma* utilizada fue contra la esperanza y la fortaleza, como nos cuenta él mismo: «La primera tentación que le vino fue entrando en una iglesia, en la que oía diariamente la misa mayor, las vísperas y las completas todo cantando, lo que daba gran consolación.» «Le vino un pensamiento fuerte y molesto que le representaba la dificultad de su vida, como si lo tuviera dentro del alma: “¿Y cómo podrás tú aguantar esta vida durante setenta años, que has de vivir?” a lo cual él contestó rápidamente, sintiendo que era cosa del enemigo: “¡Oh, miserable! ¿me puede prometer tú una hora de vida? Y así venció la tentación y quedó tranquilo”».

La *segunda arma* del enemigo con la tentación de la vanagloria y la presunción, haciéndole ver a él como una persona santa y bondadosa, elevándolo más de lo que merecía. Si el hombre de Dios resiste a tales ataques y se humilla y se rebaja, sin consentir en aceptar lo que dice el enemigo, entonces éste ataca con la *tercera arma* que es la falsa humildad, de la siguiente manera. Escribe el santo en una de sus cartas:

«Como ve al servidor de Dios tan bueno y humilde, que haciendo todo lo que el Señor le manda aún piensa que es un siervo inútil y tiene los ojos puestos en sus miserias y no en ninguna gloria, entonces le incita a pensar diciéndole que, si encuentra algo de lo que el Señor le ha dado en obras, en propósitos o en deseos, peca por otra forma de vanagloria, porque habla en favor propio. Así procura que no hable de cosas que le ha dado el Señor, anulando el fruto que haría en los demás y el que nos haríamos a nosotros mismos animándonos a hacer cosas mayores con el recuerdo de los beneficios recibidos. Es claro, dice san Ignacio, que este hablar tiene que ser prudente y siempre teniendo por fin el bien a sí mismo o a otros. Pues la tentación es que, haciéndonos nosotros humildes no introduce una falsa humildad porque es exagerada y viciada».

Así era en los primeros meses del santo en Manresa.

También en esta época tuvo muchos trabajos de escrúpulos. Tras la confesión de tres días en

Montserrat hecha con toda diligencia y por escrito, confiesa él en su *Autobiografía*, que aún le parecía que había cosas que aún no había confesado y no estaba satisfecho. Y así empezó a buscar hombres espirituales que pusiesen remedio a sus escrúpulos. Encontró un sacerdote de la Seo, muy espiritual, que, confesándole, le dijo que escribiera todo lo que podía recordar; lo hizo así, pero acabada la confesión volvieron los escrúpulos. Él ya veía que estos escrúpulos le hacían mucho daño, pero no podía quitarlos de encima. Él creía que la solución sería decirle al confesor que le dijera que en nombre de Jesucristo no se confesara nunca más de los pecados ya confesados, pero él no se atrevía a decírselo al sacerdote. Un día, sin decírselo él, el sacerdote le obligó a no confesar nunca más los pecados ya confesados, salvo que fuesen cosas claras, pero como él pensaba que eran cosas claras no evitó los escrúpulos.

Estos tormentos le duraron varios meses llegando a venirle pensamientos y tentaciones muy violentas, incluso de tirarse por un agujero que había en su celda, al lado donde hacía oración, pero viendo que era pecado, le decía al Señor: «Señor no haré nada que pueda ofenderos». Esta situación le llevó a estar muchos días sin comer, hasta que el confesor se lo prohibió y, aunque tras esto estuvo un par de días sin escrúpulos, le volvieron. Por fin estos pensamientos le llevaron a disgustarse por la vida que llevaba, con ímpetu de dejarla, pero quiso el Señor que esto le desvelara, como quien despierta de un sueño, y como tenía una cierta experiencia de la diversidad de espíritus, empezó a examinar por

que camino le había llegado este espíritu y determinó con gran claridad no confesar ninguna cosa más de las pasadas. Desde aquel día quedó libre de los escrúpulos, teniendo por cosa cierta que Nuestro Señor, por su misericordia, le había librado de ellos.

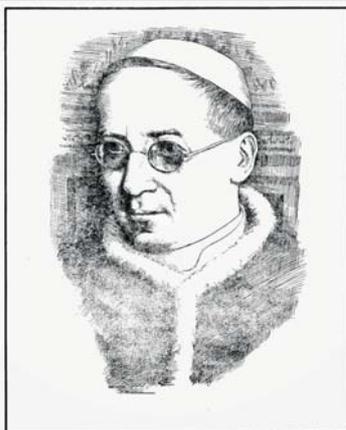
Las tribulaciones fueron tan grandes que pusieron en peligro su vida y en el mes de agosto cayó enfermo por segunda vez, estando a punto de morir. Fue entonces cuando vieron la caja con los instrumentos de penitencia que tenía el santo. El Señor lo puso bueno contra toda esperanza y se volvió al hospital, siguiendo sus ejercicios ordinarios de santidad en provecho suyo y de los demás.

El fruto de la gran tribulación que padeció Ignacio fue la seguridad perpetua de su vida espiritual, que no parece que pueda tenerla superior otra alma en este mundo. Esto lo confiesa el propio santo en su *Autobiografía*.

Tercera época

EL tercer período fue el período de las iluminaciones y consolaciones. Explica Ignacio que en esta etapa «Dios le trataba como un maestro de estudio trata a un niño cuando le enseña». Insiste en ello el santo: en que Dios, por la razón que fuera, le trataba de esta manera. Esta enseñanza puede entenderse por cinco puntos que da el santo. El *primero* es que tenía gran devoción a la Santísima Trinidad y cada día rezaba a cada una de las tres Personas. Ello le producía tanto gozo y consolación que toda la vida le quedó la impresión

Patrono de los Ejercicios espirituales



Pío XI

Es cosa averiguada que entre todos los métodos de Ejercicios espirituales que muy laudablemente se fundan en los principios de la sana ascética católica, uno principalmente ha obtenido siempre la primacía, el cual, adornado con plenas y reiteradas aprobaciones de la Santa Sede y ensalzado con las alabanzas de varones preclaros en santidad y ciencia del espíritu, ha producido en el espacio de casi cuatro siglos grandes frutos de santidad: nos referimos al método introducido por san Ignacio de Loyola, al que cumple llamar especial y principal maestro de los Ejercicios espirituales.

Pío XI, *Mens nostra*, 1929

de sentirse muy devoto de la Stma. Trinidad. El *segundo* punto es porque un día tuvo una luz especial al considerar como Dios había creado el mundo y esta luz se le imprimió en el alma. El *tercer* punto le ocurrió en Manresa, donde estuvo casi un año, cuando Dios comenzó a consolarlo y él veía el fruto en las almas tratando con ellas. El *cuarto* punto era que muchas veces estando en oración, veía con los ojos del interior la humanidad de Cristo y también, otras veces, a la Virgen Santísima. El *quinto* punto fue la luz que le dio el Señor, en un momento en Manresa, para entender muchas cosas ya espirituales, ya como de la fe y de las letras, de forma que le parecía que en todo el resto de su vida no había aprendido tanto como en aquella sola vez.

Tras este período, dice el padre Láinez, Ignacio se sentía un hombre nuevo, con un nuevo entendimiento y todas las cosas le parecían nuevas. La gracia más extraordinaria que recibió fue el rapto de ocho días que tuvo, según parece, entre el 13 y el 20 de diciembre, pero Ignacio no habló nunca de ello.

A este tercer período corresponden los Ejercicios espirituales, que es la obra más grande de la divina bondad en el alma de san Ignacio y le da carácter y fisonomía propia a su santidad y a todas las obras de su vida. Después de la composición de los *Ejercicios* se encuentra en san Ignacio una santidad que podríamos llamar ordenada: hay luz, pero normal; hay fuerza, pero regulada; hay movimiento, pero en una órbita regular y segurísima.

Los tres períodos espirituales vividos en Manresa debían dejar a Ignacio sacudido y desorientado con impresiones tan fuertes y opuestas y era natural que quisiera investigar que norma de vida espiritual debía seguir. Como no tenía maestro que le enseñara y como Dios parecía invitarlo con visitas,

determinó ir directamente a Dios con oración larga y reposada y lejos de toda mirada curiosa; por ello consideró aquella Cueva de Manresa ideal para ello. Así vemos entrar a Ignacio en la Cueva, purificado del dolor, por la confesión diligentísima y por la penitencia extraordinaria, y sobre todo con una tranquilidad y paz muy grandes, después de todas aquellas tempestades de escrúpulos que intentaron ahogar su alma.

Cuando Ignacio llegó a Manresa, con gran deseo de ir a Dios, solo tenía una práctica empírica de la penitencia, que había aprendido en la lectura de las vidas de los santos. A la salida de Manresa lo vemos enriquecido con toda la vida evangélica y coordinada con la verdadera y profundísima teoría de la santidad y aplicada a destruir de la manera más sabia todas las resistencias que presenta la naturaleza, el mundo y el demonio. Esta transformación la sufrió en los tres o cuatro meses que pasó en la cueva, sin comunicarse con personas, sin libros, bajo el magisterio de Dios.

La Cueva de Manresa fue la escuela donde Ignacio recibió las enseñanzas de Dios. Era una escuela divina y desde el principio, con una claridad y precisión admirable, establece un orden divino del universo y, dentro de él, la trayectoria pura y luminosa de su alma y hasta de todas sus acciones, del principio hasta el fin, de Dios a Dios. Desde el *Principio y fundamento*, la entrada que sintetiza divinamente todos los Ejercicios, hasta la *Contemplación para alcanzar amor*, corona final de este camino espiritual.

La persecución fue una compañía que no abandonó a Ignacio nunca y que él deseó para todos sus hijos. Esto también ocurrió en Manresa y las críticas que tuvo él y las personas que lo ayudaban hizo que saliera de la ciudad y se trasladara a Barcelona.

Era el mes de febrero de 1523.

Las dos banderas

«El Señor nos envía al combate espiritual. Un combate a muerte que Él lleva adelante y en el que nosotros somos invitados a encontrar nuestro lugar de lucha definitivo, conscientes de que la guerra es de Dios. La guerra es “contra el enemigo de natura humana”, como llama Ignacio al demonio. Y por tanto es guerra del “amigo de natura humana”, del Señor, que quiere conquistarnos para Dios y recapitular todo lo bueno de la creación en sí para ofrecerlo al Padre, para gloria suya».

J. M. BERGOGLIO, *En Él solo la esperanza. Ejercicios espirituales a los obispos españoles* (BAC, Madrid, 2013) 63 (n. 44)

El carácter sobrenatural del apostolado de san Alberto Hurtado

PEDRO DEL RÍO DE MURTINHO



Una providencial ejemplaridad

DIOS ha bendecido nuestra pequeña nación, Chile, con dos grandes santos: san Alberto Hurtado y santa Teresa de los Andes. Estos son, podríamos decir, como sendas imágenes de los dos patronos universales de las misiones: san Francisco Javier y santa Teresita de Lisieux, respectivamente. Ambos jesuitas, de gran talento humano y una carrera futura encaminada hacia el éxito humano, lo dejaron todo por el celo de llevar a Cristo hasta los últimos rincones. Y ambas carmelitas descalzas, llamadas a temprana edad a la vocación del Carmelo, llevaron una vida sencilla y ordinaria de constante entrega de amor por el Señor, y ambas también fueron llevadas por Dios a los pocos años.

Ahora que Chile sufre una revolución de intención pretendidamente social, queremos detenernos en el jesuita chileno, para contemplar aquel aspecto central de su vida —muchas veces olvidado y hasta silenciado— sin el cual, todo su «apostolado social» hubiese sido como *una campana que resuena* (I Cor, 13,1) porque no habría sido aquel reflejo del dulce amor misericordioso del Señor. Queremos detenernos en *el ca-*

rácter sobrenatural de su acción apostólica, que nace de la configuración de su vida en base a los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio, y mirar en san Alberto Hurtado un modelo de vida entregada por el Señor para llevar aquel mensaje que es el único remedio de nuestras sociedades: *el reinado del Corazón de Jesús*.

Para este propósito queremos detenernos más en los textos del mismo santo que en las reflexiones que podamos aportar nosotros sobre su vida.

Principio y fundamento

COMO es natural hay que empezar por el principio, y, como enseña el Filósofo, en lo práctico el principio es el fin. Los Ejercicios de san Ignacio, cuya formalidad —como decía el padre Orlandis— es práctico-práctico, son para ordenar nuestra vida, y el orden procede del fin. El fin para el cual hemos sido hechos es, por ende, el *Principio y fundamento* de nuestra vida, el criterio de nuestras elecciones y lo que nos mueve a obrar.

Este principio y fundamento de la vida en san Alberto es clarísimo:

«Toda actividad, todo deseo, toda esperanza que nos atrae nos envía, nos remite a un bien ulterior no poseído, real (...). Este bien último, supremo hacia el cual tienden todas nuestras aspiraciones es Dios, bondad final. *Nos creaste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*».¹

Si hemos sido creados para Dios, Bondad final, es porque Él nos amó primero. La constatación de nuestra ordenación a Dios y la consiguiente determinación a alcanzarlo es una respuesta de amor a un Amor gratuito e infinito, que lejos está de un cumplimiento estoico y voluntarioso del deber:

«Bondad infinita de Dios conmigo. Él pensó en mí hace más de cientos de miles de años. Comenzó (si pudiera) a pensar en mí, y ha continuado pensando, sin poderme apartar de su mente, como si yo no más existiera. Si un amigo me dijera: los once años que estuviste

1. San Alberto HURTADO, S.J., *Un disparo a la eternidad. Escritos inéditos v.I.* Santiago: Ed. Universidad Católica de Chile, 2002. «Principio y fundamento», p.165.

ausente, cada día pensé en ti, ¡cómo agradeceríamos tal fidelidad! ¡Y Dios, toda una eternidad!»²

Dios nos revela su amor no sólo en la creación, sino más aún en el Corazón de su Hijo Jesucristo:

«¿Su corazón? Ama a Dios su Padre en el Espíritu Santo con un amparo substancial y ama a los niños pobres y desaharrapados, ama a los leprosos, ama a los ciegos y a los paralíticos, y a Pedro, a Judas, a la Magdalena, a Zaqueo... ¿A quién no ama? ¡¡A mí!! Me ama... Me ama: ¡¡En esta fe y en esta confianza quiero vivir y quiero morir!!»³

He ahí también la determinación tajante del santo chileno:

«¡Mi vida pues, un disparo a la eternidad! No pegarme aquí, sino a través de todo mirar a la vida venidera. (...) El fin de mi vida es Dios y nada más que Dios, y ser feliz en Dios. Para este fin me dio inteligencia y voluntad, y sobre todo libertad».⁴

Este es también, como decíamos, el motor de su vida y el criterio de sus elecciones:

«¡Usar y dejar! Tanta fortaleza para lo uno, como para lo otro. Lo único que persevera purísimo es el amor al fin sobrenatural, a la santidad. Por eso esta fórmula ignaciana será pura fórmula para aquel que no se mueva por un intenso amor a la santidad, fin de la vida. El alma no se mueve por fórmulas, sino por amor. De ahí que hay que mirar y remirar el ideal central de la vida: el principio y fundamento».⁵

Devoción al Sagrado Corazón de Jesús

EL fin del hombre, decíamos, es la respuesta a este amor del Corazón de Cristo, y esta consiste en la donación total de sí mismo, que el santo las refiere a las palabras de san Ignacio tanto del *Principio y fundamento* como a las de la consagración con que acaba la *Contemplación para alcanzar amor*:

«Esta donación total es el resumen de la espiritualidad de la Compañía de Jesús, el primero y el último acto de los Ejercicios. La noción esencial de la devoción según santo Tomás».⁶

Santo Tomás, en efecto, define la devoción como «la voluntad pronta para entregarse a todo lo que per-

tenece al servicio de Dios».⁷ Por eso podemos decir, con san Alberto (y con toda la autoridad del magisterio de la Iglesia) que la devoción al Sagrado Corazón es la *síntesis de toda la religión y la norma de vida perfecta*. De ahí también que el santo chileno fundamente su vocación en ella:

«El secreto de esta adaptación y del éxito, está en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es decir, al Amor desbordante de Nuestro Señor, al Amor que Jesús, como Dios y como hombre, nos tiene y que resplandece en toda su vida.

Si pudiéramos nosotros en la vida realizar esta idea: ¿qué piensa de esto el Corazón de Jesús, qué siente de tal cosa...? Y procurásemos pensar y sentir como Él, ¡cómo se agrandaría nuestro corazón y se transformaría nuestra vida!»⁸

La divinización del cristiano

COMO afirmaba san Alberto en los textos antes citados, el fin para el cual fue creado el hombre es de carácter sobrenatural, es decir, algo que está sobre la naturaleza humana. Es por esto que en san Alberto está muy presente aquel dogma de fe que el padre Ramière acusaba estar tan olvidado entre los cristianos: *la divinización del cristiano*. Se trata del dogma que reza: porque la gracia ha sido derramada en nuestros corazones, el mismo Espíritu Santo habita en nosotros, y por eso «estamos realmente divinizados y somos capaces de hacer actos verdaderamente divinos y de merecer una felicidad cuyo objeto es el mismo Dios».⁹ Así encontramos este dogma señalado en el jesuita chileno:

«Ya sabemos que esa santidad se realiza substancialmente por la elevación de nuestras vidas a la vida divina mediante la gracia santificante, que hace que seamos en verdad hijos de Dios, verdaderos, auténticos hijos de Dios. (...) Este ideal de la santidad sobrenatural es la única flor que Dios quiere recoger del universo para regalarse... Es la razón de ser del mundo y de los inmensos mundos que nos rodean. La gloria de Dios es la santificación del hombre participando de la divinidad.

(...) Esta gloria divina da valor a todo, aún a la más pequeña realidad ¡y sin ella los más grandes imperios y las amplias fortunas carecen de todo sentido! ¡Oh, si fuésemos como san Ignacio los hombres de la mayor gloria de Dios!»¹⁰

2. Íbid., «Principio y fundamento», p. 173-174.

3. Op. Cit., «Segunda semana», p. 226.

4. Op. Cit., «Principio y fundamento», p. 174.

5. Íbid., p. 181.

6. Íbid., p. 185.

7. Santo TOMÁS DE AQUINO, S. Th., II-II q.82 a.1 c.

8. San Alberto HURTADO, S.J., Op. Cit., «Principio y fundamento», p.101.

9. Henri RAMIÈRE, S.J., *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*. Barcelona, Scire, 2004, p. 15.

10. San Alberto HURTADO, S.J., Op. Cit., «Principio

Por esta divinización, obrada por la gracia santificante, somos incorporados en Cristo:

«Con el sacrificio de Cristo nace una nueva raza, raza que será Cristo en la tierra hasta el fin del mundo. Los hombres que reciben a Cristo se transforman en Él. *Vivo yo, ya no yo, Cristo vive en mí*, decía san Pablo (*Gal 2,20*), y vive en mi hermano que comulga junto a mí, y vive en todos los que participamos de Él. Formamos todos un solo Cristo. Vivimos su vida, realizamos su misión divina. Somos una nueva humanidad, la humanidad en Cristo. Estrechamente unidos, más que por la sangre de familia, por la sangre de Cristo formamos el Cuerpo místico de Cristo, y en Cristo y por Cristo y para Cristo vivimos en este mundo».¹¹

He aquí también la razón por la cual la determinación del santo no puede ser confundida con un voluntarismo y un optimismo ciego:

«De aquí nuestro profundo optimismo, nuestro sentido de triunfadores, pues en Cristo hemos iniciado la victoria que iremos completando cada uno de nosotros y será perfecta al final de los tiempos».¹²

Centralidad de la Eucaristía y la oración

Si la vocación del cristiano es de carácter sobrenatural, si la divinización del cristiano es derramada en nosotros por la gracia que recibimos de los sacramentos que brotan del Corazón de Jesús, entonces la Eucaristía, la renovación del sacrificio de la Cruz y por la que somos incorporados en Cristo, estará en el eje central de su vida:

«La Eucaristía es el centro de la vida cristiana. Por ella tenemos la Iglesia y por la Iglesia llegamos a Dios. Cada hombre se salvará no por sí mismo, no por sus propios méritos, sino por la sociedad en la que vive, por la Iglesia, fuente de todos sus bienes (...).

Por la Eucaristía-sacramento, descienden sobre los fieles todas las gracias de la encarnación redentora; por la Eucaristía-sacrificio, sube hasta la Santísima Trinidad todo el culto de la Iglesia militante. Sin la Eucaristía, la Iglesia de la tierra estaría sin Cristo.

Toda la obra de Cristo se perpetúa en el mundo por la Hostia: mediante ella desciende la vida a las almas y eleva las almas hasta Dios. La Comunión realiza este descenso de la Trinidad hasta los hombres por Cristo. El sacrificio de la Misa eleva los hombres identificados con el Hijo, hasta el seno del Padre.

(...) Hermanos: he aquí el inmenso don que Jesús dejó al alcance de nuestras almas. La gran palanca

y fundamento», p. 168-179.

11. *Op. Cit.*, «Tercera semana», p.298.

12. *Ídem*.

para su santificación, el medio más eficaz para realizar la divinización de nuestras vidas».¹³

Porque en la Eucaristía somos incorporados al sacrificio de Cristo, en ella podemos también ofrecernos y completar los padecimientos de Cristo:

«El fuego de la inmolación eucarística, como el de la cruz, es el amor infinito del Corazón de Jesús. También abrasa y consume nuestras inmolaciones este fuego divino. Hay que ofrecer en la Misa los sacrificios ya hechos y los que pensamos hacer. En la Misa hay que adquirir, actuar, robustecer, endulzar y levantar de punto el espíritu de sacrificio.

¡Qué horizontes se abren aquí a la vida cristiana! La Misa centro de todo el día y de toda la vida. Con la mira puesta en el sacrificio eucarístico, ir siempre atesorando sacrificios que consumir y ofrecer en la Misa».¹⁴

Luego añade:

«Jesús se hace presente y permanece en la Eucaristía, para vivir con nosotros y que nosotros vivamos con Él. Jesús espera nuestras visitas. (...) Jesús recibe nuestras visitas como de un amigo con otro amigo querido. Aunque invisiblemente, quiere comunicarse con nosotros, nos atiende, nos habla...»¹⁵

Cristo presente en la Eucaristía «quiere comunicarse con nosotros», por eso también es fundamental para san Alberto la oración:

«La oración es para el apóstol la luz de la vida. (...) En medio de tantas cosas el apóstol ha de marchar con paso firme. ¿Quién le mostrará el camino? La oración y sólo la oración. La prudencia de la carne es enemiga de Dios y los pensamientos de Dios no son como los de los hombres y la oración es la única que nos hace conocer a Dios y a los ideales divinos.

San Ignacio y sus primeros compañeros resolvían todas sus cosas en la oración como si las leyesen en la santa Providencia de Dios.

Jesús, después de 30 años de oración, el desierto, las noches preparando el mañana. ¡Ay del apóstol que no obre así! Se hará traficante de cosas humanas y de pasiones personales, bajo apariencia de ministerio espiritual...»¹⁶

Es por esto que el incansable apostolado del santo no puede ser confundido con un «activismo humano»,¹⁷ sino que nace del alimento y luz de la oración.

13. *Íbid.*, p.302.

14. *Íbid.*, p.294.

15. *Íbid.*, p.295.

16. *Op. Cit.*, «Segunda semana», p.247.

17. *Op. Cit.*, «Principio y fundamento», p.173.

Llamamiento del Rey

EL Amor infinito del Corazón de Cristo que se nos revela y dona en la Eucaristía y que nos incorpora a la vida divina, es el amor que nos apremia a difundirlo por el mundo golpeado por el naturalismo:

«¿Tengo un alma entera? ¿Quiero una causa grande? ¿Me entusiasma la milicia, el apostolado, una causa desinteresada? Aquí la tengo: conquistar todo el mundo, y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre...

(...) El mundo entero que perece, que agoniza asfiado por ideas malsanas, ha de ser salvado (...). Se trata del mundo entero que agoniza y muere por falta de verdad y de la vida. Más necesario que los generales, que los profesionales, que los artistas, son los apóstoles: esos se necesitan *ad meliun esse*; estos, *ad simpliciter esse*. ¡Salvar al mundo! Piénselo bien, el mundo que agoniza por el marxismo, el racismo, el individualismo, el epicureísmo... disfraces todos del egoísmo que tiende al yo con olvido de Dios... pero perece aquí y va a perecer después eternamente si no se remedia a su suerte. Y hay un médico que puede sanarlo: es Jesús. Hay una doctrina que puede devolverle la verdad: es el Evangelio. Hay una vida que puede fortalecerlo: es la de Jesús... Allí está la Fuente de aguas vivas, que brota hasta la vida eterna (cf. Jn 7,37-38). ¡Venid a beber!»¹⁸

Esta obra de los apóstoles, este llamamiento del Rey que consiste en imitar el Corazón de Cristo, así en el sufrimiento como en la victoria, no sería posible sin el misterio de la divinización:

«Ofrecen sus personas: *Todo su querer y libertad para que su divina Majestad, así de su persona como de cuanto tiene se sirva, conforme a su santísima voluntad (EE 5)*. Aceptan la invitación a la santidad, porque a esto se reduce en primer término el llamamiento de Cristo: para la conquista de las almas hay que ser otro Cristo, Cristo divinizado por la gracia santificante, Cristo obrando, como Jesús, en pobreza, humillación y dolor, que son las características más claras de la vida del Maestro. Aceptar este ideal es dejar toda ilusión, de una vida entregada a la sensualidad y al amor propio, carnal y mundano, y aun al amor espiritual que consista en regalos y consuelos».¹⁹

La falta de Cristo, de Dios, de sobrenaturalidad en Chile, es lo que apremia a san Alberto al apostolado:

«¡1.400.000.000 no lo conocen! ¡Pueblos en guerra! Inmoralidades; matrimonios deshechos; ignorancia; vi-

cios que se enseñorean; su corazón amargados... Pongamos nuestro corazón en el Corazón de Cristo para que Él nos inflame, nos encienda en sus mismos sentimientos: este será el fruto que irá produciéndose mediante la comunión diaria, la misa bien oída, la Palabra meditada del Evangelio, el examen de conciencia a la luz de Cristo, para ver si pienso como Él, si hago lo que Él: ¿Qué haría Él en mi lugar? Esto es lo primero».²⁰

De ahí también que vea tan fundamental el sacerdocio (¡y pensemos en la actual crisis de sacerdotes que vive nuestro país!):

«Qué honda impresión la que produce la vista de nuestros campos chilenos tan abandonados espiritualmente, tan desprovistos de ayuda sobrenatural. Al pensar en la Encarnación pienso en la voluntad generosa de un Dios, que por amor al hombre se hizo hombre y derramó su sangre por Él. Pero es necesario que otros hombres vayan y lleven esa sangre de Cristo a los que mediante ella serán salvos. Cristo vino y nos enseñó su doctrina y allí está, en el santo Evangelio y en la tradición de la Iglesia, pero es necesario que otros hombres la enseñen; los ejemplos de Cristo son la solución: que les recuerden que su gracia nos diviniza, pero se necesita otro hombre, el sacerdote que nos la comunique mediante los sacramentos: el bautismo,

El mundo entero perece (...)Y hay un médico que puede sanarlo: es Jesús. Hay una doctrina que puede devolverle la verdad: es el Evangelio. Hay una vida que puede fortalecerlo: es la de Jesús...

que nos hace hijos de Dios; la penitencia, la reconciliación; la Eucaristía, el alimento.

(...) Correspondamos al llamamiento de Cristo. Continuemos su obra de redención y de amor, apliquemos nuestra vida a la más divina entre las obras: a la salvación de las almas que fue el motivo que determinó a Cristo a emprender el gran viaje del Cielo a la tierra; de la gloria del Cielo a los rigores de Belén, a los trabajos de Nazareth, a la agonía del Calvario».²¹

Este mismo celo por llevar la luz de Cristo es también el motor de su infatigable entrega por los pobres:

«Y este llamamiento es para cada uno de ellos, para los más miserables, para los más ignorantes, para los más descuidados, para los más depravados de ellos. La luz de Cristo *brilla entre las tinieblas* para todos ellos (cf. Jn 1,5). Necesitan de esta luz. Sin esta luz serán profundamente desgraciados».²²

18. Op. Cit., «Segunda semana», p. 227-229.

19. Íbid., «Segunda semana», p. 230.

20. Íbid., p. 264-266.

21. Íbid., p. 237-238.

22. San Alberto HURTADO, S.J., *Un fuego que en-*

Ante el horror de la segunda guerra mundial y la crisis económica que se vivía en Chile:

En estos momentos, hermanos, nuestra primera misión ha de ser que nos convenzamos a fondo de que Dios nos ama. Hombres todos de la tierra, pobres y ricos, Dios nos ama; su amor no ha perecido, pues, somos sus hijos. Este grito simple, pero mensaje de esperanza no ha de helarse jamás en nuestros labios: Dios nos ama, somos sus hijos... ¡Somos sus hijos!.

La devoción a los Sagrados Corazones no puede contentarse con saborear el amor de Dios, sino que ha de retribuirlo con un amor efectivo. Y la razón magnífica que eleva nuestro amor al prójimo a una altura nunca sospechada por sistema humano algo, es que nuestro prójimo es Cristo.

Al levantar nuestros ojos y encontrarnos con los de María, nuestra Madre, nos mostrará ella a tantos hijos suyos, predilectos de su corazón, que sufren la ignorancia más total y absoluta; nos enseñará sus condiciones de vida en las cuales es imposible la práctica de la virtud, y nos dirá: hijos, si me amáis de veras como Madre, haced cuanto podáis por estos mis hijos los que más sufren, por tanto, los más amados de mi Corazón.²³

El celo del apostolado del santo jesuita entonces, es sobre todo por la falta del pan de vida eterna:

El hombre necesita pan, pero ante todo necesita fe; necesita bienes materiales, pero más aún necesita el rayo de luz que viene de arriba y alienta y orienta nuestra peregrinación terrena: y esa fe y esa luz, sólo Cristo y su Iglesia pueden darla. Cuando esa luz se comprende, la vida adquiere otro sentido, se ama el trabajo, se lucha con valentía y sobre todo se lucha con amor. El amor de Cristo ya prendió en esos corazones... Ellos hablarán de Jesús en todas partes y contagiarán a otras almas en el fuego del amor.²⁴

La hora de la lucha en Chile

EN las palabras de san Alberto se ve reflejada la voz del magisterio de la Iglesia que no se cansa de proclamar que el único remedio al mal que aqueja a nuestras sociedades modernas es el Corazón de Cristo: «Hay uno solo que puede darles la paz y la felicidad: ¡Cristo! Yo he venido para que tengan vida; Camino, Verdad y Vida». Y esta falta de Dios en el mundo moderno, es el mismo drama que encontramos en nuestra nación:

ciende otros fuegos. Páginas escogidas de san Alberto Hurtado. Santiago: Ed. Universidad Católica de Chile, «¿A quiénes amar?», p. 31.

23. Op. Cit., «La sangre del Amor. Congreso de los Sagrados Corazones», p. 45.

24. *Ibid.*, p. 46.

Si Jesús apareciese en estos momentos en medio de nosotros, extendiendo compasivo su mirada y sus manos sobre Santiago y sobre Chile, les diría: *Tengo compasión de esa muchedumbre...* (Mc 8,2).

Allí, a nuestros pies yace una muchedumbre inmensa que no conoce a Cristo, que ha sido educada durante años y años sin oír apenas nunca pronunciar el nombre de Dios, ni el santo nombre de Jesús.

Yo no dudo, pues, que si Cristo descendiese al San Cristóbal²⁵ esta noche caldeada de emoción les repetiría mirando la ciudad oscura: Me compadezco de ella, y volviéndose a ustedes les diría con ternura infinita: Ustedes son la luz del mundo... Ustedes son los que deben alumbrar estas tinieblas. ¿Quieren colaborar conmigo? ¿Quieren ser mis apóstoles?

Una vida íntegramente cristiana, mis queridos jóvenes, he ahí la única manera de irradiar a Cristo. Vida cristiana, por tanto, en vuestro hogar; vida cristiana con los pobres que nos rodean; vida cristiana con sus compañeros; vida cristiana en el trato con los jóvenes... Vida cristiana en vuestra profesión; vida cristiana en el cine, en el baile, en el deporte.

¡Oh, Señor!, si en esta multitud que se agrupa a tus pies brotase en algunos la llama de un deseo generoso y dijera alguno con verdad: *Señor, toma y recibe toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad, todo lo que tengo y poseo, lo consagro todo entero, Señor, a trabajar por ti, a irradiar tu vida, contento con no tener otra paga que servirte y, como esas antorchas, que se consumen en nuestras manos, consumirse por Cristo...* Renovarían en Chile las maravillas que realizaron los apóstoles en la sociedad pagana, que conquistaron para Jesús.²⁶

¡Cuánto más valdrían estas palabras del santo chileno para los tristes días en que vivimos! ¡Qué diría san Alberto de la revolución que estamos presenciando! ¡Qué diría de la crisis de nuestra Iglesia, de nuestros sacerdotes, del entibiamiento de la caridad! ¡Qué diría de nuestro descuido y negligencia por lo sobrenatural, por la Eucaristía, por la misa, sobre todo ahora ante la pandemia, so pretexto de cuidar la salud! ¡Sólo el amor de Cristo puede remediar nuestra sociedad, pues es el *Principio y fundamento* de nuestra vida!:

¿No estaremos aburguesados? ¿Si viniese san Ignacio estaría contento de mí? La hora de la lucha suena en Chile. Hay que reconstruir la sociedad. Somos muy pocos.²⁷

25. Cerro ubicado en el corazón de Santiago y coronado por la imagen de la Inmaculada.

26. Op. Cit., «Ustedes son la luz del mundo. Discurso en el Cerro San Cristóbal», p. 67.

27. San Alberto HURTADO, S.J., *Un disparo a la eternidad. Escritos inéditos v.I.*, «Segunda semana», p. 235.

La espiritualidad ignaciana en la Compañía del Salvador

CRISTINA PAREJO GONZÁLEZ DE CASTEJÓN, C.S.

Origen del carisma: el «Primer sentimiento interno de nuestra vocación»

«Y entonces quedó impreso en mi alma esto: que las *Reglas y Constituciones* de san Ignacio también yo las viviría al modo de la Compañía de Jesús, y que serían muchas las jóvenes que abrazarían ese modo de vida. El Señor me lo aseguraba, me lo prometía y transfundía en mí una certeza plena de eso, mayor que la que resulta de la evidencia. Salí de la capilla con gran paz, con gran quietud. Y lo que más me maravilla es que no me sentía maravillada. Me parecía la cosa más natural del mundo, lo más evidente, lo más fácil, una Compañía de Jesús para mujeres».¹

Era el 31 de julio de 1932, fiesta de san Ignacio de Loyola. La joven María Félix asistía a un retiro en la capilla del colegio de la Sagrada Familia en Lérida, predicado por un jesuita, el padre Juan Serrat. Ella, como siempre que oía hablar de san Ignacio y de la Compañía de Jesús, sentía un fervor extraordinario. Al acabar la plática se quedó un rato en la capilla, junto al sagrario, con ánimo de salir después para reunirse con sus amigas. Estando allí, según sus escritos autobiográficos:

«Me sentí como transportada, como abismada en la divina presencia: como si hubiese sido trasladada de este mundo a otro. Sentía a Dios y me sentía inundada de luz y de gozo».²



M. María Félix Torres con el papa san Juan Pablo II

En esta experiencia o moción interior de la venerable María Félix tiene su origen el carisma propio de la Compañía del Salvador, lo que ella llamaba «el primer sentimiento interno de nuestra vocación», que apunta claramente a una vivencia radical de la espiritualidad ignaciana como vía segura para vivir el Evangelio.

Fascinación juvenil por san Ignacio

EL carisma propio de la Madre María Félix, que aparece nítidamente reflejado tanto en sus escritos como en su biografía, parte de una experiencia del Espíritu, que fue transmitida en primer lugar a ella misma, para ser vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne.³

La fascinación por san Ignacio fue un elemento que la acompañó toda su vida. Desde aquellos primeros ejercicios espirituales, predicados por el jesuita padre Llorens, en los que se consagró por completo a Dios, cuando solo tenía 14 años, María Félix fue introducida en el seguimiento de Cristo a través del troquel de la ascética y espiritualidad ignaciana.

Las lecturas piadosas tuvieron en ella un efecto semejante al inicio de la transformación espiritual de san Ignacio, durante su convalecencia en Loyola. Además, resulta significativo de sus años de

1. M. FÉLIX, *Recuerdos de mi vida. Escritos autobiográficos de María Félix Torres (1907-1944)* (Madrid 2009) 171.

2. *Ibid.*, 172.

3. Cf. Sagrada Congregación para los religiosos e institutos seculares –Congregación para los Obispos, documento *Mutuae relationes* (23-4-1978), 11.

colegiala el recuerdo que conserva sobre las «vidas de santos y libros cuyo autor firmaba con su nombre y “S.J.” detrás. No sabía qué quería decir “S.J.”, pero a todos los autores que se firmaban así los prefería sin saber por qué y me parecían seres maravillosos».⁴

Por otra parte, desde su juventud, sus directores espirituales, siempre jesuitas, la formaron, según su propio testimonio, «casi como a un novicio». En Barcelona trató con el padre Ramón Orlandis, fundador de Schola Cordis Iesu, y en Zaragoza fue su confesor el padre Luis Pujadas:

«Me decía que todo lo de la Creación era el libro que Dios me daba para que aprendiese cuánto me amaba y que del amor de Dios a mí me hablaban las florecillas, los pájaros, las estrellas, lo que me era gustoso o amable. Era la *Contemplación para alcanzar amor* de san Ignacio, que me la hacía vivir en todo tiempo».⁵

Discernimiento de su vocación ignaciana

EN muchas ocasiones se ha considerado el discernimiento espiritual como el núcleo de los Ejercicios ignacianos. Por eso no es de extrañar que, en la búsqueda de su vocación –tal y como señala quien fue durante tantos años su director espiritual, el padre Luis M.^a Mendizábal–, siguiera paso a paso el modelo de san Ignacio con sus primeros compañeros⁶. A este respecto, resulta significativo cómo en 1934, al leer una vida de san Ignacio durante el mes de julio, se le ocurrió espontáneamente hacer un voto especial junto a su primera compañera, Carmen Aige. Ella misma escribe en su autobiografía:

«Concretamos los puntos de nuestro voto, aunque en realidad lo que deseábamos era atarnos para siempre al servicio único y exclusivo de Dios Nuestro Señor siguiendo en todo a la Compañía de Jesús».⁷

La fecha elegida fue para ella una confirmación de su vocación ignaciana:

«Consultamos con el padre Serrat, aprobó nuestros deseos y acordamos que haríamos el voto el día de la Asunción de la Santísima Virgen. ¡Felicísima coincidencia! ¡Aquel año y en aquel día se cumplía el cuarto centenario del primer voto de Montmartre de san Ignacio y de sus primeros compañeros jesuitas!»⁸

4. M. FÉLIX, *Recuerdos de mi vida*, 102.

5. *Ibid.*, 138.

6. L. M. MENDIZÁBAL, «Presentación», en: *Recuerdos de mi vida*, 8.

7. M. FÉLIX, *Recuerdos de mi vida*, 184.

8. *Ibid.*, 184.

Más adelante, cuando en 1934 se traslada a Madrid para continuar sus estudios, busca una congregación religiosa donde poder vivir este deseo de seguir en todo a la Compañía de Jesús. En su camino vocacional, solo una cosa ve clara:

«¿Qué quería el Señor de nosotras? Nos quería tuyas. Nos quería ignacianas. De esto no teníamos duda alguna, ni la teníamos tampoco de que quería que nos formásemos bien para poder trabajar en aquellos ambientes entre aquellas personas cuya actuación pudiese influir más en pro o en contra de la Iglesia católica».⁹

El estudio de sus escritos autobiográficos nos permite ver que, en este proceso de discernimiento de su vocación, María Félix está siempre abierta a las intervenciones divinas, que pueden marcar el camino. Pero, como el mismo san Ignacio, recurre al fin del proceso de discernimiento a la confirmación divina o de su director espiritual.

Por eso, no es de extrañar que, en la fundación de la Compañía del Salvador, ocupe un lugar destacado la obediencia (primero a su director espiritual, luego a los superiores de la Compañía de Jesús y, finalmente, a la autoridad eclesiástica). De hecho, cuando el provincial de los jesuitas, padre Alfredo Mondría, le propone hacer los Ejercicios para discernir si su vocación podía encauzarse dentro de la Sociedad de Hijas del Corazón de María (instituto fundado en 1790 por el padre de Clorivière, S.J.), se ve que, de alguna manera, María Félix considera al provincial de la Compañía de Jesús como superior suyo y de todo el grupo, aunque no lo era –ni podía serlo– jurídicamente.

«Señalarse en la devoción y amor a san Ignacio de Loyola»

COMO resultado y fruto de este itinerario, la Madre Félix tuvo siempre claro que «Dios suscitó la Compañía [del Salvador] para que sus miembros siguieran a Cristo viviendo el Evangelio con la misma convicción amorosa y eficacia apostólica con que lo vivió san Ignacio de Loyola».¹⁰

Por tanto, vivir la espiritualidad y la ascética ignaciana es un rasgo esencial para las religiosas de la Compañía, que deben «señalarse en la devoción y amor a san Ignacio de Loyola», puesto que

«con tanta mayor fidelidad se identifican con su propia vocación cuanto con mayor empeño e inte-

9. *Ibid.*, 185

10. M. FÉLIX, *Constituciones Compañía del Salvador*, 4.

rés imiten el proceder de su santo Padre en el seguimiento de Cristo; de suerte que el espíritu ignaciano, como medio, ayuda y protege el espíritu evangélico que ha de trascender e informar toda su vida de amor y apostolado».¹¹

Hasta tal punto es así que, de hecho, «las hijas de la Compañía del Salvador han considerado siempre el sumario de las constituciones de san Ignacio como su primitiva e inspiradora Regla»¹² y, con permiso de la Santa Sede, celebran como propio el calendario y los textos litúrgico de la Compañía de Jesús.¹³

¿Cuál es el carisma propio de la Compañía del Salvador?

DIOS inspira cada carisma para dar a conocer un nuevo rostro de Cristo a la humanidad, y a partir de ese nuevo rostro de Cristo, poder solucionar algún problema que aqueja al hombre de cada tiempo. En el caso de la Compañía del Salvador, su carisma hunde sus raíces en una necesidad muy concreta que el Señor hizo ver a la M. Félix desde su primera juventud: la importancia de la educación humana y cristiana de la mujer. Además, como señalaba el cardenal Rouco (2009), se puede reconocer en ella «una especial luminosidad en el contexto de la vida consagrada», en la fidelidad con la que acogió las indicaciones del Concilio Vaticano II para una adecuada renovación de la vida religiosa.¹⁴

La glorificación de Dios siguiendo a Cristo obediente al Padre

MARÍA Félix recibió como don del Espíritu una especial comprensión de la misteriosa fecundidad de la obediencia de Cristo. En la contemplación del Corazón abierto de nuestro Salvador, descubre que la gloria de Dios (ese misterio inefable de un Amor infinito que llama a la intimidad a cada hombre), se concentra e irradia por la voluntad del Padre cumplida fielmente por Jesucristo, y entiende que, solo uniéndose a este Cris-

to, que se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2, 8), podrá glorificar a Dios y colaborar con Él en la obra de la Redención. De este modo, a imitación de María, la Madre del Salvador, hace de la voluntad del Padre el principio inspirador de toda su vida, buscando en ella la fuerza necesaria para el cumplimiento de la misión que se le confió.

Vemos, pues, que toda la vida interior de María Félix –y, por tanto, la de las religiosas de la Compañía– aparece absolutamente marcada por la espiritualidad y ascética de san Ignacio de Loyola, que siempre deseó que los jesuitas se distinguieran por la virtud de la obediencia:

«Nosotras no tenemos vocación de enseñar, ni de visitar presos, ni curar enfermos, ni convertir infieles, ni de predicar, ni escribir. Nuestra vocación es cumplir la voluntad del Padre celestial: discurrir y hacer vida en cualquiera parte del mundo en donde se espere mayor servicio de Dios y ayuda de las ánimas. Podemos hacerlo todo; lo que no podemos dejar de hacer es la voluntad de Dios Nuestro Señor».¹⁵

La M. Félix experimentó que, ante la búsqueda de la gloria de Dios, todo lo demás, hasta las tareas temporales más importantes, se hace efectivamente relativo. Por eso, el lema de la Compañía del Salvador, que todas las religiosas llevan grabado en su medalla de profesión, es *Ad maiorem Dei Gloriam*.

«Sentire cum Ecclesia»

FINALMENTE, no queremos dejar de destacar que otro de los rasgos esenciales del carisma de la Compañía del Salvador, el amor a la Iglesia, emana también de esta necesidad de seguir a Cristo con la misma convicción amorosa y eficacia apostólica con que vivió san Ignacio de Loyola.

El *Sentire cum Ecclesia*, tan propio de la espiritualidad ignaciana, se concreta en la vida de la M. Félix y en la de las religiosas de la Compañía en su relación con la jerarquía eclesiástica y con todos aquellos que, por un título señalado, representan y manifiestan con más plenitud a Cristo: el Papa, los Obispos y los sacerdotes: «Aprender a mirar a la Iglesia como Madre. Iglesia Jerárquica real. Ilusos son los que quieren hacer una Iglesia “santa” y destruir la real».¹⁶

11. Ibid., 4.2.

12. Ibid., 4.3.

13. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (Roma 8-2-1990): Prot. n. CD 44/90.

14. Cf. A. M.^a ROUCO VARELA, *Palabras en la apertura de la causa de la sierva de Dios María Félix Torres* (Madrid 24-1-2009), transcripción en: Archivo General de la Compañía del Salvador (AGCS) M 506.01.C,012

15. M. FÉLIX, *Notas sobre los santos Ejercicios espirituales bajo la dirección del padre Cándido Mazón, S.J., del 4 al 10 de julio de 1941*. Original: AGCS, Madrid M 202.03.001.

16. Ibid., *Mes de Ejercicios espirituales, bajo la dirección del P. Luis M.^a Mendizábal, S.J., del 31 de julio al 24 de agosto de 1971*. Original: AGCS, Madrid, M

De este deseo de servir a la Iglesia nació el voto de especial obediencia al Papa, que hoy realizan todas las religiosas de la Compañía del Salvador. De hecho, una de las características constitutivas del instituto es señalarse en la adhesión, amor y servicio al Santo Padre.¹⁷

La eclesialidad del carisma de la M. Félix, también de herencia ignaciana, destaca en su vida de manera singular en la recepción y acogida del Concilio Vaticano II. Precisamente por su docilidad al Espíritu y su deseo apasionado de buscar la gloria de Dios, María Félix halló en el magisterio de la Iglesia

una ayuda segura para discernir la voluntad divina y no errar en el camino de renovación de su instituto durante la reforma de las constituciones en los años que siguieron al Concilio.

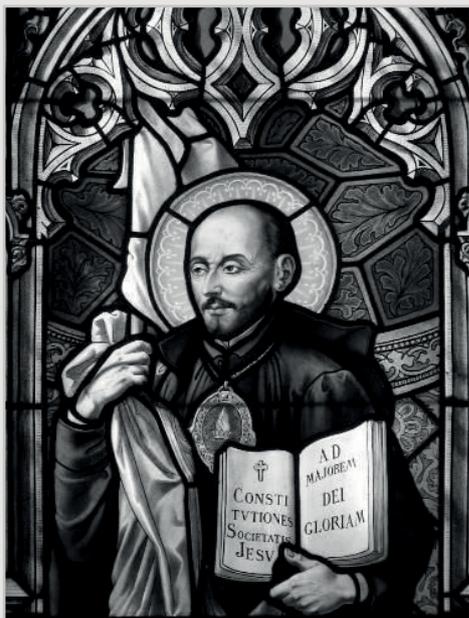
Quiera el Señor que, siguiendo sus huellas, las hijas de la Compañía del Salvador seamos fieles a nuestra rica herencia ignaciana y podamos responder hoy a aquella petición que hacía san Juan Pablo II a las religiosas: «Por encima de todo, sed hijas de la Iglesia no solo de palabra, sino con las obras».¹⁸

205.01.B,004.

17. Constituciones de la Compañía del Salvador, 4.

18. Discurso del Sumo Pontífice Juan Pablo II a la Unión Internacional de Superioras Generales (Roma 16-11-1978).

La fecundidad de los Ejercicios en la Iglesia



Gerardo Kalckbrenner, prior de la cartuja de Colonia, escribía el 31 de mayo de 1543 a un religioso de su orden: «Un tesoro tal debería buscarse aunque tuviera que irse para ello hasta las Indias». El teólogo escolástico Juan Cochlaeus se regocijaba de que ahora por fin «había también maestro para el corazón». Dietrich van Heeze, que había sido confesor y secretario íntimo del papa Adriano VI, aseguraba en 1543 haber ganado con los Ejercicios tan grande bien que no lo daría si por ello le ofrecieran todo el mundo. Asimismo recomendó los Ejercicios espirituales san Francisco de Sales; san Carlos Borromeo los introdujo en el clero de la provincia eclesiástica de Milán.

Todas las órdenes han recibido el uso de hacer en determinados tiempos los Ejercicios espirituales. El libro de los Ejercicios espirituales, dice un moderno historiador, ha ejercido una influencia poderosamente decisiva así en la vida espiritual de su Orden, como generalmente de todo el clero católico, y pudiera haber añadido que ha demostrado y continúa demostrando todavía su eficacia transformadora y santificadora no menos en los seglares de los más diversos estados y clases sociales.

Ludovico PASTOR, *Historia de los papas*, Barcelona, 1910, Vol. XII

La idea de Cristo Rey en los Ejercicios de san Ignacio*

FRANCISCO J. QUINTANA

HAY entre los Ejercicios y la devoción al Corazón de Jesús una relación en que quizá no se haya reparado tanto, pero que es muy digna de tenerse en cuenta: la idea de Cristo Rey o del reinado de Cristo, que tan marcadamente se ve en ambos.

En las revelaciones del Corazón de Jesús, éste aparece como Rey, que quiere reinar. «Reinaré a pesar de todos mis enemigos», decía muchas veces a santa Margarita; «reinará, sí, reinará», repetía frecuentemente la Santa con una seguridad que sorprende. Porque es rey y quiere reinar, pide amor, culto y servicio, no solamente de las personas privadas, sino de las familias y de las naciones. Por eso desea que su imagen aparezca en las habitaciones de las casas, en las banderas de los pueblos y en los escudos de los príncipes. Por eso pide que se le erijan templos nacionales en que reciba los homenajes de los reyes, de los gobiernos y de las naciones. Por eso el movimiento de consagración de los individuos, de las familias, de las asociaciones, municipios, diputaciones, provincias y naciones al Corazón de Jesús, que tanto impulso va tomando en todas partes.

No entienden, por tanto, la devoción al Corazón de Jesús los que imaginan que este asunto es negocio de pura devoción individual; no es sino el negocio eterno del reinado real de Cristo, que a

medida que adelanta el mundo hacia su término, parece quiere el Señor que sea más completo y extendido y con determinados caracteres que señalan manifiestamente una nueva perfección.

Tal es el aire con que presenta a Cristo la devoción al Corazón de Jesús: rey de amor, pero Rey.

Ahora bien, respecto de los Ejercicios, creemos que sería ocioso gastar el tiempo en probar lo marcado

que aparece este mismo carácter en Cristo Nuestro Señor. Basta leer la meditación del Rey temporal para convencerse de ello. Más clara que como aparece allí esta idea de Rey y de reino respecto de Jesucristo, difícilmente puede hallarse en otra parte.

Pues bien, obsérvese que ésta es la meditación central de los Ejercicios y como el «Principio y Fundamento» de la segunda, tercera y cuarta semanas, que son las más principales de los Ejercicios. Así que pue-

de decirse que las tres últimas semanas de los Ejercicios van informadas de esta idea y de este espíritu. Esto mismo aparece claro en la meditación de las Dos Banderas, y en general todos sabemos que esta idea o esta manera de concebir a Cristo y su obra la llevaba nuestro padre san Ignacio en la sangre, y así la dejó grabada en donde quiera que pudo poner su sello, como lo está diciendo a voces aun el mismo nombre de Compañía de Jesús o como diríamos ahora, «la Brigada de Jesús», con que quiso que se llamase su orden.



*Extraído de un artículo del ferviente apóstol de la devoción al Corazón de Cristo Rey, el jesuita mejicano Francisco J. QUINTANA, publicado en la revista *Manresa* (núm. 37, 1934). Publicado en *CRISTIANDAD* (May - Ag1991 En-Feb 2001, mayo 2007). El padre Quintana, autor de un influyente estudio sobre el «encargo suavísimo» del Sagrado Corazón a la Compañía, contemporáneo del movimiento cristero mejicano, centra su pensamiento en la convicción de que en los Ejercicios de san Ignacio hallamos la doctrina que fructificó en la Iglesia en la solemnidad de Cristo Rey, como expresión de la esperanza del reinado de Cristo por su Corazón.

Presencia y fructificación en la Iglesia de una doctrina eminente

Extraído del artículo que escribió Francisco CANALS VIDAL para CRISTIANDAD (Enero-febrero de 2001) «Presencia y fructificación en la Iglesia de una doctrina eminente», con el propósito de dar razones que sustentaran la posibilidad de la declaración de san Ignacio como doctor de la Iglesia.

Carácter carismático de la doctrina de los Ejercicios espirituales de san Ignacio

AL plantearnos la cuestión sobre la conveniencia y oportunidad de solicitar de la Santa Sede que san Ignacio de Loyola sea declarado doctor de la Iglesia convendrá, en primer lugar, atender al carácter carismático de la sabiduría espiritual expresada en sus Ejercicios espirituales, ya que éstos son el punto de partida de sus ulteriores progresos espirituales y a ellos hay que atribuir, sin duda, la máxima parte de la influencia ejercida por su magisterio en la Iglesia católica desde su tiempo hasta nuestros días, y también su fructificación en la fundación de la Compañía de Jesús.

El gran estudioso de los Ejercicios que fue el padre Juan Roothaan, prepósito de la Compañía de Jesús, holandés formado en la Rusia Blanca, que estudió la lengua española para poder realizar una nueva traducción al latín, en la que buscó la máxima fidelidad al texto original, escribió:

«Al escribir el libro, era san Ignacio hombre rudo en su pluma, por ser totalmente carente de letras» (J. Roothaan, *Opera spiritualia*, vol. II, próg., p. 8. Roma, 1936).

Otro gran investigador de la vida de san Ignacio de Loyola, Ricardo García Villoslada, S.I., refiriéndose a la ausencia de estudios teológicos anteriores a la redacción del núcleo de los Ejercicios, escribió también:

«Contentábase su autor con las enseñanzas tradicionales que un cristiano ordinario oye en la predicación parroquial y aprende en los sencillos libros de devoción» (Ricardo García Villaslada, *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía*, BAC, 1986, p. 227).

El testimonio de los discípulos y colaboradores inmediatos de san Ignacio, y el de sus propios escritos autobiográficos, nos dan un conocimiento muy preciso de cómo la acción divina formó en él la doctrina espiritual de los Ejercicios espirituales. Así encontramos en Jerónimo Nadal:

«Aquí en Manresa le comunicó Nuestro Señor los Ejercicios, guiándole de esta manera, para que todo se emplease en servicio suyo y salud de las almas; lo cual demostró con devoción en dos Ejercicios, a saber, el Rey y las banderas. Aquí entendió el fin a que todo se debía aplicar y tener por objetivo en todas sus obras que es el que ahora tiene la Compañía».

Las dos meditaciones, la de Cristo, Rey eterno que invita a trabajar con Él en su empresa de conquistar todo el mundo, y la de las dos banderas —la de Cristo, sumo capitán y Señor nuestro, y la de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura— núcleo, diríamos carismático, de la doctrina espiritual ignaciana, que afirma Nadal que le fueron comunicadas por Dios en Manresa, quedaron formadas por la acción divina en la mente de san Ignacio en el modo por él mismo descrito en su autobiografía, en el pasaje en que narra el acontecimiento decisivo de la ilustración del Cardoner:

«En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole —y ora fuese esto por su rudeza y grueso ingenio o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle— claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad.»

Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba a poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo, y el camino va junto al río —el Cardoner—; yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, **sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares**

que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola.»

La Iglesia jerárquica da testimonio de la ortodoxia y la eminencia de su doctrina. De la iluminadora y orientadora rectitud de la doctrina de los Ejercicios tenemos constancia no sólo por innumerables testimonios autorizados, sino por la propia autoridad pontificia desde su aprobación por Paulo III por breve de 31 de julio de 1548:

«El oficio del ministerio pastoral que nos ha sido confiado hacia todo el pueblo cristiano y el amor a la gloria y honor de Dios, hacen que ocupándonos de lo que contribuya a la salvación de las almas y a su provecho espiritual, nos dignemos atender a los deseos de los que nos exponen algo que pueda fomentar y alimentar la piedad en los fieles cristianos.

»Siendo así que –según exposición recientemente presentada a nosotros por obra del amado hijo, el noble varón Francisco de Borja, duque de Gandía- el amado hijo Ignacio de Loyola, prepósito general de la Compañía de Jesús, que Nos erigimos en esta santa ciudad y confirmamos con nuestra autoridad apostólica, compuso ciertos documentos o Ejercicios espirituales sacados de la Sagrada Escritura y de la experiencia de la vida espiritual, y lo redactó de manera aptísima para mover piadosamente a las almas cristianas; atendido también que son utilísimos y saludables para consuelo y provecho espiritual de los fieles, no sólo por la fama que en todas partes han obtenido, según testimonio del citado duque de Gandía, sino también por la manifiesta experiencia que ha comprobado todo esto en Barcelona, en Valencia y en Gandía.

Por lo cual el mismo duque Francisco nos ha solicitado humildemente que los referidos documentos y Ejercicios espirituales fuesen examinados, para que su fruto se extienda más y los fieles cristianos sean invitados a usarlos con mayor devoción, y si Nos los hallásemos dignos de aprobación y alabanza, nos dignásemos a aprobarlos y alabarlos, y conforme a las razones expuestas, sancionarlos con nuestra autoridad apostólica (. . .) por las presentes aprobamos de ciencia cierta, alabamos y por el presente escrito autorizamos los referidos documentos y Ejercicios y todas y cada una de las cosas en ellos contenidas; y exhortamos vivamente en el Señor a todos y cada uno de los fieles de ambos sexos, y en cualquier parte en que se encuentren, que quieran usar de tan piadosos documentos y Ejercicios y que aprendan las devotas instrucciones que contienen». (breve *Pastoralis*

officii, de 31 de julio de 1548, decimosexto del pontificado de Pablo III).

Al aprobar todo el contenido, con sus documentos y ejercicios, del libro presentado a la Santa Sede, vemos que Pablo III acompaña su aprobación de una exhortación universal «a todos y a cada uno de los fieles de ambos sexos» a usar de ellos y a seguir las instrucciones en ellos contenidas.

De la presencia y eficaz influencia en los siglos siguientes entre el pueblo cristiano de la espiritualidad contenida en los Ejercicios ignacianos constatable por la historia tenemos, además, singularísimos testimonios dados por la «Santa Madre Iglesia jerárquica». Pío XI, al declarar a san Ignacio patrono celestial de todos los ejercicios espirituales y de todos los institutos, asociaciones y congregaciones de cualquier clase ordenadas a atender y ayudar a los que los practiquen, decía:

«Casi no hicimos más que sancionar con nuestra suprema autoridad lo que estaba en el común sentir de los pastores y de los fieles; lo cual habían dicho, implícitamente y junto con el citado Pablo III, nuestros insignes predecesores Alejandro VII, Benedicto XIV y León XIII, al tributar repetidos elogios a los Ejercicios ignacianos, que enaltecieron con grandes encomios y con el mismo ejemplo de sus virtudes, que en esta palestra habían adquirido o aumentado todos

De la iluminadora y orientadora rectitud de la doctrina de los Ejercicios tenemos constancia no sólo por innumerables testimonios autorizados, sino por la propia autoridad pontificia

aquellos que –para decirlo como el mismo León XIII– florecieron en la doctrina ascética o en la santidad de vida los cuatro últimos siglos» (Pío XI, *Encíclica Mens nostra*, de 20 de diciembre de 1929).

En aquella misma encíclica, Pío XI alababa «la admirable facilidad de acomodar estos Ejercicios a cualquier clase y estado de personas, la unidad orgánica de sus partes; el orden claro y admirable con que se suceden las verdades que se meditan; finalmente, los documentos espirituales que, sacudido el yugo de los pecados y extirpadas las enfermedades que corrompen las costumbres, llevan al hombre por las sendas seguras de la abnegación y de la extirpación de los malos hábitos, a las más elevadas cumbres de la oración y del amor divino» (ibid.).

Tengamos en cuenta que la eminencia de una doctrina, que caracteriza esencialmente el carisma de los doctores de la Iglesia, se mide por su influjo y difu-

sión. El hecho de que los textos de san Ignacio —en sus Ejercicios espirituales, en sus escritos autobiográficos (autobiografía, diario espiritual), en sus cartas de distinto carácter, unas particulares y otras dirigidas a la Compañía de Jesús como Superior suyo, y en las mismas *Constituciones* de la Compañía, redactadas bajo su responsabilidad de prepósito general de la orden por él fundada— no ofrezcan dudas en su autenticidad, y hayan sido ejemplarmente editadas reiteradamente en ediciones críticas de máxima solvencia, ha motivado que, según el parecer de competentes y expertos conocedores de estas cuestiones, un proceso canónico para su declaración como doctor de la Iglesia no presentaría dificultad alguna.

Fructificación y presencia en la Iglesia del carisma ignaciano

AFIRMABA el padre Francisco de Paula Solá Carrió, S.I., que Dios movió a san Ignacio a fundar la Compañía de Jesús con el mismo fin que le había dado a sentir a partir de la ilustración del Cardoner.

Es decir, el servir a Cristo Nuestro Señor en su Iglesia y en concreta obediencia al Vicario de Cristo, el Romano Pontífice.

Por esta razón, aunque no hay que entender los Ejercicios como surgidos de la Compañía, sino que, por el contrario, hay que entender la Compañía de Jesús como surgida de los Ejercicios espirituales de san Ignacio, parece obvio que la fructificación perenne y universal del carisma ignaciano, que mide la eminencia de su doctrina, puede ser muy adecuadamente considerada atendiendo a algunas dimensiones muy significativas de la acción de los hijos de san Ignacio en los siglos modernos de la Iglesia.

Recordemos, en primer lugar, el apostolado de los hijos de san Ignacio acerca del culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús, el llamado «encargo suavísimo».

(...) Es indiscutible históricamente este servicio a la Iglesia, especialmente por obra del padre Enrique Ramière y del Apostolado de la Oración, cuyo mensaje espiritual fue recogido en el Concilio Vaticano II, y que había sido presentado por Pío XII en su encíclica sobre el Cuerpo Místico de Cristo como camino excelente para llevar a los fieles a vivir la conciencia de este misterio. Igualmente resulta históricamente constatable la aportación de los jesuitas, fervientes apóstoles en el Apostolado de la Oración del culto al Rey eterno y Señor universal, al movimiento que llevó a la institución de la fiesta de Cristo Rey. Un estudio, *La festa di Gesù Cristo Re*, publicado en Roma, en 1926, por *El Mensaje-*

ro del Corazón de Jesús italiano deja patente aquel hecho.

No menos patente resulta la contribución al progreso en la Iglesia, a lo largo de un esfuerzo secular, de la doctrina, revelada pero no definida hasta 1870, de la naturaleza infalible del magisterio pontificio.

Durante siglos sus adversarios trataban de personificar en Belarmino, a quien falsamente presentaban casi como la única autoridad de lo que los galicanos llamaban «escuela ultramontana», o de identificar con las opiniones teológicas de la Compañía de Jesús, la doctrina de la infalibilidad pontificia. En las décadas inmediatamente anteriores al Concilio Vaticano II, la revista romana *La Civiltà Cattolica* era presentada como la responsable del progreso del ultramontanismo y de las orientaciones doctrinales del beato Pío IX. También a la revista *La Civiltà Cattolica* hay que atribuir la decisiva contribución de los jesuitas a la tarea de «instauración de la filosofía cristiana según la mente de santo Tomás de Aquino» que propugnó León XIII pero que había sido precedida ya en el pontificado de Pío IX por los redactores tomistas de *La Civiltà*.

De la conexión entre esta tarea, en el campo teológico y en el de la filosofía cristiana, y el carisma ignaciano dio testimonio el propio León XIII. Para que la doctrina de santo Tomás de Aquino fuese de nuevo profesada en todas las escuelas y con la intención de que la Compañía de Jesús «ocupe uno de los primeros lugares en la tarea de defensa y propagación de la doctrina verdadera», quiso confirmar, en sus letras apostólicas *Gravissime Nos*, en 30 de diciembre de 1892, las constituciones de la Compañía de Jesús sobre la enseñanza de la doctrina de santo Tomás de Aquino, y apoyarse para ello en la autoridad de san Ignacio de Loyola.

El notable servicio prestado por hijos de la Compañía a la reinstauración de la doctrina de santo Tomás ha de ser visto en la perspectiva de aquel servicio a la Iglesia y a la Sede romana que estuvo en el centro del carisma ignaciano.

La presencia cotidiana en la vida de la Iglesia del carisma de san Ignacio se ejerce en definitiva del modo más concreto y vital por la constante práctica de los Ejercicios espirituales, por las obras de Ejercicios, y por las numerosas congregaciones religiosas y asociaciones de apostolado laical, que tienen en sus reglas o en sus estatutos y tradiciones la práctica de los Ejercicios de san Ignacio.

Así el carisma ignaciano actúa siempre entre los fieles, entre los institutos de vida consagrada, y en la vida cotidiana de una incalculable multitud de hijos de la Iglesia, a los que san Ignacio sigue cada día señalándoles el camino para todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, con la actitud de tomar como ideal de la vida «el mucho servir a Dios Nuestro Señor por puro amor».



NUESTRA PATRIA ES EL CIELO

«Tendrás vida eterna»

San Agustín, *La hora de la resurrección de los muertos (Jn 5,25—29)*
y *la vida eterna (1Cor 2,9)*. Sermón 127

NUESTRA esperanza, hermanos, no se refiere a este tiempo, ni a este mundo, ni a la felicidad que ciega a los hombres que se olvidan de Dios. Lo primero que debemos saber y retener con corazón cristiano es que no nos hemos hecho cristianos para conseguir los bienes del tiempo presente, sino para alcanzar un no sé qué que Dios promete ya, pero de lo que el hombre aún no se hace una idea. Efectivamente, de ese bien se ha dicho: Lo que el ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni ha subido a corazón de hombre: lo que Dios ha preparado para los que le aman. Por tanto, puesto que bien tan grandioso, tan radiante, tan inefable no halló hombre que lo recibiera, tuvo a Dios prometiéndolo. Pues al presente, el hombre, ciego de corazón, no capta lo que se le ha prometido, ni se le puede mostrar actualmente lo que ha de ser él mismo, a quien se hace la promesa. Imagínate que una criatura recién nacida, incapaz de hablar, de caminar, de hacer nada, a la que se ve débil, acostada, necesitada de ayuda ajena, pudiera entender las palabras que le dirigen; si solo pudiese entender a quien le hablara y le dijese: «Mira: como ves que yo ando, actúo, hablo, así serás tú pasados pocos años», viéndose a sí misma y mirando a quien le habla, esa criatura, aunque viese lo que le promete, considerando su debilidad, no le creería, no obstante estar viendo lo que le prometía. A nosotros, en cambio, **como a criaturas recién nacidas a este mundo y acostadas por la propia debilidad, se nos promete también algo grandioso, que no vemos; pero ponemos en pie la fe por la que creemos lo que no vemos para merecer ver lo que creemos.** Todo el que se burla de esta fe y juzga que no debe creer porque no ve, cuando llegue lo que no creía, le saldrán los colores; abochornado, será apartado; apartado, será condenado. En cambio, el que crea será puesto aparte a la derecha, y permanecerá firme, lleno de confianza y gozo, en compañía de aquellos a los que



se dirá: «Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el principio del mundo». Asimismo, cuando pronunció estas palabras, concluyó su discurso con estas otras: Estos irán al fuego eterno; los justos, en cambio, a la vida eterna. Esta vida eterna es la que se nos promete a nosotros.

A los hombres a los que les agrada vivir en esta tierra se les prometió vida; y como temen tanto morir, se les prometió eterna. **¿Qué te agrada? Vivir. Lo tendrás. ¿Qué temes? Morir. No sufrirás la muerte. Pareció suficiente que a la debilidad humana se le dijera: «Tendrás vida eterna».**

Esto lo entiende la mente humana; a partir de lo que obra, se hace cierta idea del futuro. Pero ¿qué llega a conocer a partir de cosa tan insignificante como lo que ella obra? Que vive y que no quiere morir; que ama la vida eterna, que quiere vivir por siempre y no morir nunca. En cambio, los que serán castigados y atormentados querrán morir y no podrán. Por tanto, no

es gran cosa tener una vida larga o vivir por siempre: lo realmente grande es vivir en la felicidad.

Amemos la vida eterna, y aprendamos cuánto debemos esforzarnos por alcanzar la vida eterna al ver que los hombres que aman la presente vida temporal que alguna vez ha de acabar se fatigan tanto por ella que cuando les sobreviene el miedo de la muerte hacen cuanto está en sus manos, no para eliminarla, sino para diferirla. ¡Cuántos esfuerzos hace el hombre cuando la muerte llama a su puerta!

(...) Ved que, tras haber agotado sus fuerzas y recursos, puede lograr conseguir un poco más de vida, pero no vivir por siempre. Por tanto, si se emplea tanta fatiga, tantos esfuerzos, tantos gastos, tantos cuidados para alargar un poco la vida, ¡cuánto no habrá que hacer para vivir por siempre! Y si se considera juiciosos a los que recurren a todos los medios para retrasar la muerte y vivir unos pocos días más, ¡qué necios son los que viven de tal modo que pierden el día eterno!



La total pequeñez o la vida en María. El pequeño camino de unión con María o la infancia espiritual en ella

María de FIOLE

Editorial Mercy Press, Barcelona 2020

LA Editorial Mercy Press acaba de publicar en España «*La total pequeñez o la vida en María, El pequeño camino de unión con María o la infancia espiritual en ella*», una preciosa obra vinculada al Carmelo Teresiano en la estela de la más pura tradición mariana francesa de san Luis María Grignon de Montfort y de su esclavitud mariana.

Su publicación en español ha sido dirigida por el sacerdote madrileño Álvaro Cárdenas.

En ella, su autora anónima, que firma con el pseudónimo María de Fiesole, presenta y profundiza el camino mariano, vivido «en María» como culminación del pequeño camino de infancia espiritual de santa Teresita del Niño Jesús.

Para Mons. Juan-Miguel Ferrer Grenesche, presidente de la Sociedad Mariológica Española y ex secretario de la Congregación para el Culto Divino y los Sacramentos, que la ha prologado, esta publicación de espiritualidad mariana «*no es un libro más*». Como señala en su prólogo, a diferencia de tantos otros libros que son fruto del estudio o que expresan algo que el autor quiere compartir a nivel biográfico, científico, de entretenimiento, de ensayo, o como ayuda para la oración..., «*aquí nos encontramos ante unas breves páginas de confidencias en el nivel más profundo y sagrado del ser humano*».

En ella, señala Mons. Juan-Miguel Ferrer, «*María de Fiesole, [...] abre su alma, que ha sido inmersa, con su libre y pleno consentimiento, por santa María en la realidad de su vida de “pequeñez”*».

«Los temas marianos de la teología y de la piedad mariana se ven ahora, desde esta perspectiva armónicamente engarzados y expresando toda su fuerza en orden al nacimiento de la “nueva humanidad”», confiada desde la cruz a la Madre de los cristianos.

Como indica en su presentación de la obra el sacerdote Álvaro Cárdenas, «*La total pequeñez, explica el camino que ha sido recorrido por la Virgen. ¿Y en qué ha consistido? En la realización plena de este camino de infancia espiritual; camino*

que nuestra Madre quiere compartir con nosotros, sus hijos, por nuestra vida escondida en ella. De ahí que podamos decir que este camino de «La total pequeñez», es continuación y realización plena del pequeño camino de infancia espiritual.

Sus palabras claves son gracia y consentimiento, Jesús y María, nada y todo, pequeñez y grandeza, Dios y nosotros. Cuanto más se acerca uno al primero de cada uno de estos binomios, más posee el segundo.

«*La total pequeñez* –señala el padre Álvaro Cárdenas– **nos presenta lo que María hace en la vida de sus hijos y los tesoros de Dios que ella custodia y tiene siempre a disposición de sus hijos, para que éstos, recibéndolos en la total pequeñez de su Madre, lleguen a su plena transformación en ella, y en ella, con ella, por ella y como ella, lleguen a ser perfecta imagen de su Hijo».**

Además, el texto original de la obra ha sido enriquecido oportunamente con varias aportaciones del responsable de su edición para ayudar a los lectores a comprender mejor el lugar que la Madre de la Iglesia ocupa en la vida de los cristianos y para profundizar más en el espíritu de consagración a ella. Entre estas aportaciones destacan las notas al texto, una presentación sobre la vida de unión con María, una síntesis teológica-espiritual titulada «*María, Madre de los discípulos de Cristo*» y un texto de san Luis María Grignon de Montfort sobre el lugar de María en los últimos tiempos.

Una pequeña joya de la literatura espiritual mariana que recomienda Mons. Ferrer, y que en palabras suyas «*nos ofrece un camino esbozado en la escuela de María en el Carmelo o en la esclavitud mariana con Grignon o Kolbe, un camino entroncado con la experiencia de Teresa del Niño Jesús*».

Obra indispensable para quienes han descubierto o quieran descubrir el papel que la Virgen María ocupa en sus vidas y en la vida de la Iglesia, y para aquellos que quieran profundizar en su relación filial con ella.



HACE 75 AÑOS

IBÓN ELOSEGUI

En abril de 1944 comenzaba su andadura la revista CRISTIANDAD por lo que, hace 75 años, se conmemoraba su segundo aniversario. En el número de la segunda quincena de abril (por aquel entonces se publicaban dos números mensuales), se volvió a publicar aquel artículo que explicaba la razón de ser de esta publicación, «El porqué de esta revista».

Dicho artículo, publicado por inspiración de su «curador espiritual» el padre Orlandis, ha sido publicado en siete ocasiones a lo largo de la historia de CRISTIANDAD, en las fechas más significativas de este largo periplo.

El porqué de esta revista

La Providencia y la sociedad

LA idea de una Providencia que rige los destinos de los pueblos, como rige los de cada individuo, es la base de toda concepción profunda de la sociedad y de la historia. La conciencia de este hecho se agudiza, empero, entre los hombres reflexivos, cada vez que la humanidad atraviesa momentos graves de crisis.

¿Por qué sucede así? Porque de otra suerte, estos males serían fruto de un azar ciego, y esto repugna profundamente a la inteligencia y al corazón humanos.

En cambio: si los males que aquejan a la humanidad no escapan al gobierno de un Dios providente y bueno, estos males, de otra suerte desesperantes, adquieren para el hombre la razón de ser de todo aquello que, aunque no alcance a comprender, ve claramente, con todo, que está incluido en un orden.

Basta la luz natural de la razón para creer en una Providencia. Pero la luz de la fe da a un cristiano nuevas precisiones y nuevas esperanzas respecto a los planes de Dios sobre los hombres.

Por esto CRISTIANDAD, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, afirma desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1.º, en una concepción sobrenatural de la vida, y 2.º, en una unión estrecha con la Iglesia y con su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra.

Por la importancia que tienen estas afirmaciones nos detendremos un momento en aclararlas.

1.º Una concepción sobrenatural de la vida es necesaria para restablecer el orden en la sociedad.

Dios ha creado al hombre para vivir en sociedad. En esta sociedad el hombre debe conocer, amar y servir a Dios Nuestro Señor.

La naturaleza misma del hombre exige uno y otro extremo. Pero una doble realidad ha venido a modificar las condiciones en que el hombre deberá realizar esta convivencia y servir en ella al plan de su Criador.

La primera, fuente de todos los egoísmos, no es otra cosa que la corrupción de la naturaleza humana por el pecado; la segunda, fuente de todas las generosidades, es la elevación de esta naturaleza corrompida al orden divino de la gracia.

Y esta gran realidad de la gracia no viene a superponerse al hombre de un modo extrínseco, como pretendía Lutero, sino que penetra la esencia misma de su alma.

Si esto es así, si en el hombre esta realidad sobrenatural transforma íntimamente su naturaleza, sería un desperdicio de fuerzas, sería volver a introducir la división en su seno no procurar que transformara también íntimamente su vida.

No basta, en efecto, a un cristiano tener fe: debe vivir de su fe. Este vivir de la fe es la caridad. Únicamente así es posible no sólo el orden interior de sus potencias, sino el orden exterior con sus semejantes. El naturalismo en todas sus formas es, por consiguiente, el primer enemigo que CRISTIANDAD viene a combatir.

2.º Una sumisión filial a la Iglesia es necesaria para restablecer el orden entre las sociedades.

El hombre debe servir a Dios en sociedad. Acomodándose a su naturaleza, la gracia se le reparte, también, socialmente; y en sociedad gozará en el Cielo de su inmenso destino.

Esta sociedad sobrenatural del hombre con Dios y con los bienaventurados es la Iglesia.

Y así como veíamos que la realidad sobrenatural de la gracia traía necesariamente consigo una con-

secuencia de orden natural: la ordenación y pacificación de nuestra vida, semejantemente la realidad sobrenatural de la Iglesia ha de traer consigo necesariamente una consecuencia de orden natural, el día que sea plenamente aceptada por todos: la ordenación y pacificación de los pueblos.

La compenetración entre la sociedad civil y la eclesiástica que esto supone; la aceptación plena por parte de las naciones y estados, en cuanto tales, de la Iglesia como Madre, es un ideal tradicionalmente expresado por un nombre: Cristiandad.

Este ideal ha sido vivido y realizado, de un modo incipiente, por los siglos mejores de la Edad Media. Pero el protestantismo vino a malograr esta obra, destruyendo el principio de unidad y organización que representaba, y conduciendo fatalmente al filsofismo, para desembocar en las revoluciones.

Sólo el reconocimiento de la soberanía social de Jesucristo, por medio de su Iglesia, puede salvar a la sociedad del estado de división y descomposición en que se encuentra. Pero un grave error se opone a este remedio: el liberalismo, o la indiferencia religiosa, y la opinión errónea que muchos, aun católicos, tienen de él, considerándolo como un acercamiento a la fe, cuando en realidad es más dañino que la impiedad misma, porque es más ofensivo el desprecio que el odio.

Este es el segundo error que CRISTIANDAD viene a combatir.

Naturalismo y liberalismo

NATURALISMO y liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de CRISTIANDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la revolución.

El naturalismo y el liberalismo tienen en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos.

Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo, la proclamación de la soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad.

El ideal de CRISTIANDAD y la devoción al Corazón de Cristo

AL amparo de estas concepciones, fue constituido en el pasado siglo el Apostolado de la Oración, por el que es casi su fundador: el insigne jesuita francés padre Enrique Ramière.

Adveniat Regnum tuum es su aspiración central y su razón de ser.

Este Reino, fundamentalmente sobrenatural, tendrá también en el cielo su fundamental cumplimiento. Pero ¿es aventurado esperar, a modo de «añadidura», también un reinado de Cristo sobre las naciones y Estados de la tierra? ¿Es aventurado esperar un cumplimiento real y efectivo de lo que ya llamamos corrientemente el «Reinado social de Jesucristo»?

Enrique Ramière no lo creyó así. A la vez que reconocía la gravedad de los males que afligían al mundo bajo una forma nunca vista hasta entonces: la apostasía de las naciones, vio en las tendencias más hondas de las sociedades, en la revelación auténtica contenida en las Escrituras y en la tradición cristiana y, sobre todo, en las revelaciones de Paray-le-Monial, los más serios motivos de esperanza. Desde entonces, los sumos pontífices nos van alentando con ella.

Desde entonces, la devoción al Corazón de Cristo, que en Paray se nos presentaba como el remedio eficaz para conseguir la curación de nuestra sociedad, ha continuado adentrándose, cada vez más, en la vida de la Iglesia, hasta culminar en la fiesta de Jesucristo Rey.

La fiesta de Jesucristo Rey

Es importante hacer notar que la fiesta de Jesucristo Rey es, precisamente, la coronación y término de la devoción al Sagrado Corazón que se iniciaba en Paray. Su institución viene, por lo tanto, a proclamar que la realeza de Cristo es una realeza de amor.

Pero es que, además, la institución de esa fiesta es, a la vez, la proclamación de una esperanza. Pío XI nos lo dice en su encíclica *Miserentissimus*: «Al hacer esto (institución de la fiesta de Jesucristo Rey), no sólo poníamos en evidencia la suprema soberanía que a Cristo compete sobre todo el universo... sino que adelantábamos ya el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y de voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey».

CRISTIANDAD encuentra en ello nuevo aliento y por esto no vacilará, desde el primer momento, en invitar a sus lectores a penetrar cada vez más en la devoción a este Corazón «en cuyo amor hemos creído»; y a luchar, fortalecidos por él, por la dilatación de su reinado sobre los individuos y sobre las sociedades.



Aprobación de la eutanasia: España transformada en un «campo de exterminio»

El obispo de Alcalá, **Mons. Juan Antonio Reig Pla**, habló con claridad y desde la fe de la Iglesia sobre el momento que vivimos en España y cómo hemos llegado hasta aquí. Como no podía ser de otra manera, hubo quien se rasgó las vestiduras: el PSOE le exigió una rectificación y la diócesis respondió con una nota en la que explica y reafirma lo escrito por el obispo.

Vale la pena leer y meditar las palabras de Monseñor Reig:

«Con todo respeto y aprecio en el Señor a las personas, debo hacer algunas consideraciones respecto a ciertas leyes y hechos.

Le tenían ganas. **La España tradicionalmente católica y que expandió la fe allende los mares, era un enemigo a batir** por sí misma y por su repercusión en los pueblos hermanos de Hispanoamérica, Filipinas, el mismo contexto europeo y la influencia en todo el mundo de nuestros misioneros, activos colaboradores en la transmisión de la fe.

Avanzada la llamada Transición política, y **con una Constitución española llena de ambigüedades, las fuerzas laicistas** unidas a las fuerzas políticas partidarias de la relativización cultural, moral y religiosa de nuestro pueblo, han conseguido, —con la aprobación de **leyes que permiten destruir la vida por nacer, tanto en el seno materno como en los laboratorios, y ahora con la aprobación de la Ley de la eutanasia,**— convertir a España en un “campo de exterminio”.

El “tsunam” de leyes que desregulariza el patrimonio cultural y espiritual de España, enarbolando siempre la bandera de la “libertad”, comenzó con la ley del divorcio (1981), a la que siguieron la despenalización del aborto (1985), la ley sobre técnicas de reproducción asistida (1988), la ley que permite el así llamado matrimonio civil entre personas del mismo sexo



(2005), la ley del divorcio “exprés” y el repudio (2005), la introducción de la asignatura “Educación para la ciudadanía” que hacía presente la “ideología de género” en la escuela (2006), la ley sobre técnicas de reproducción asistida (2006), la ley Aido sobre la interrupción del embarazo y la salud sexual y reproductiva (2010), la ley de investigación biomédica (2011), hasta llegar a las leyes autonómicas sobre “Identidad y expresión de género e Igualdad social y no discriminación” presentes en varias comunidades autónomas de la nación española.

Además de otras propuestas leyes permisivas anunciadas por

distintos ministerios, la puntilla final a la libertad de conciencia y a la dignidad de toda vida humana, la han puesto la nueva ley de educación (2020) y la ley de la eutanasia (2021). Con ello las fuerzas globalistas, los *lobbies* financieros, sus terminales eutanásicas y el laicismo militante pueden darse por vencedores ante un pueblo anestesiado por los medios de comunicación, la fuerte ingeniería social desarrollada con la perversión del lenguaje, **un Tribunal Constitucional atrapado por el positivismo jurídico** y que deja en desamparo lo que naturalmente constituye lo «específicamente humano»: la dignidad y el carácter sagrado de la vida, la diferenciación varón-mujer como riqueza de patrimonio de la humanidad, el bien del matrimonio abierto a la vida y la función social de la familia como pilares que sostienen una sociedad estable y con un horizonte de fraternidad. **Con esta ley se consuma el proceso de transformación de la «ley natural» y de los llamados «derechos humanos», en derechos subjetivos**, según los propios deseos de cada uno. Ya no quedan los bienes indiscutibles. Lo que viene después son las leyes que propicien el “transhumanismo”.

Hay que repetirlo una vez más. **No existe el derecho a la muerte. La eutanasia acaba con todos los derechos.** La vida humana es siempre un don que nos precede y que merece ser cuidado personal, familiar y socialmente desde la perspectiva del bien común hasta la muerte natural. Es el don más alto de la creación. De manera particular le corresponde al Estado

garantizar este cuidado y protección. No hacerlo lo convierte en un Estado que no cumple su misión y queda ilegitimado en el ejercicio de este poder. Ahora los médicos y el personal sanitario adquieren una nueva responsabilidad de resistencia ante el mal. Las clínicas, los hospitales y los hogares no pueden convertirse en lugares donde no se respete con seguridad y cuidado la vida humana. Rezo por ellos.

No contentos con estas leyes, los nuevos amos han provocado desde las instancias del poder un debilitamiento moral de nuestro pueblo, especialmente entre los niños, adolescentes y jóvenes con una educación sexual al margen del amor y de la capacidad de autogobierno para el bien personal y la relación con las demás personas. Muchos de ellos están atrapados por la pornografía, las adicciones de toda clase y se les ha inoculado un concepto negativo de la libertad. Ésta se propone simplemente como autonomía radical del individuo sin otro horizonte que el placer y la utilidad, sin referencia a los bienes indisponibles de la persona que se cultivan por la virtud. **Se trata de la destrucción de la libertad en nombre de una libertad sin más contenido que ella misma.** Una libertad perversa fuente de numerosos sufrimientos humanos: la destrucción de la vida humana, rupturas familiares, abandono de los niños, desorientación en el sentido de la vida e incluso aumento de la soledad, enfermedades psíquicas y suicidios.

El camino es conocido: manipular el lenguaje, debilitar a la familia como educadora de sus hijos, cambiar las costumbres con ingeniería social y crear una nueva opinión de masas propiciada por la invasión masiva de los medios de comunicación social que han conseguido atravesar el alma y la mente de muchos españoles.

Para todo ello era necesario un punto de partida perseguido desde el principio: favorecer la secula-

rización de la sociedad española para prescindir de Dios y de la tradición católica que sustenta una antropología adecuada que responde a los bienes y a los fines de la persona humana, la familia, la religión y la sociedad. **Sin Dios, sin la humanidad de Jesucristo, el hombre va a la deriva y pierde su fundamento estable y un horizonte de eternidad.** Por eso prescindir de la tradición católica y debilitar la cultura y las leyes que la puedan sustentar, propicia un multiculturalismo de corte nihilista que acaba siendo un despropósito que deja sin defensas a nuestra sociedad española.

Lo he dicho en varias ocasiones. Esta es la hora en la que vuelven los “bárbaros” que, embriagados de poder, no saben sostener la casa común, el hogar familiar que ha significado y significa España.

Son tiempos en los que la Iglesia católica no puede mirar hacia otra parte. Son los tiempos de una «nueva evangelización» como nos piden los últimos pontífices. Lo que está en juego es el bien de las personas y el bien de nuestro pueblo. Es necesario movilizar las conciencias de los católicos y de los hombres de buena voluntad para lograr una gran estrategia a favor de la vida humana. Lo que está enfrente, como decía san Juan Pablo II, es una auténtica “estructura de pecado ... una conjura contra la vida ... una guerra de los poderosos contra los débiles” (*Evangelium vitae*, 12) Resulta una ironía amarga que en este tiempo de “pandemia”, en vez de cuidar exquisitamente de las necesidades sanitarias y laborales, desde el gobierno de la nación se produzca este asalto a la dignidad de la vida humana y se sea indiferente ante el sufrimiento de tantas personas que reclaman cuidado y protección.

Aunque lo desconozcan los no creyentes, España necesita a Cristo, en quien resplandece el esplendor de la verdad de la persona.

En estos momentos no podemos renunciar ni al libro de la Creación, Dios creador que ordena con su sabiduría todas las cosas y al mismo hombre, ni a la obra de la Redención expresada en la Cruz de Cristo donde todos hemos sido amados hasta el extremo. Sin ese amor y sin el perdón no podemos vivir. Así lo han testimoniado todos los santos que pueblan con la Virgen María toda nuestra geografía española.

Como no puede ser de otra manera nuestra palabra como Iglesia pasa siempre por la reconciliación y el perdón. Esto se hace posible porque antes hemos sido perdonados por Dios y, en Cristo, ha sido vencido el pecado y la muerte. Estamos en Cuaresma y nos encaminamos a la Pascua: el triunfo de la resurrección y la Vida. Por eso estamos llamados a la esperanza. Todas las fuerzas del mal son insignificantes ante el poder y la misericordia de Dios: “*Deus est semper maior*”.

Concluyo invocando a san José, custodio de la Sagrada Familia, protector de la Iglesia y abogado de la buena muerte. Que, bajo su protección, España camine por caminos de justicia y de paz rumbo al Cielo, nuestra patria definitiva».

Resistir al «wokismo»



El sociólogo canadiense **Mathieu Bock-Côté** escribe en **La Nef** sobre la última moda ideológica proveniente de los Estados Unidos, el «wokismo», aparecido alrededor de 2010 y caracterizado por imponer una visión racialisista de la sociedad a través de una formidable manipulación del lenguaje. Escribe Bock-Côté que:

«Hasta hace poco, la palabra “woke” parecía pertenecer al vocabulario de los campus universi-

tarios estadounidenses, y entre estos, a los más radicales. Se refería a una franja particularmente activa de estudiantes estadounidenses que se creían en una cruzada por la justicia social, y más particularmente **preocupados por las cuestiones de “raza” y “género”** y resueltos, por así decirlo, a realizar un juicio definitivo contra el mundo occidental, y más en concreto, contra el hombre blanco que lo encarna en toda su abyección.

[...] El *wokismo* hace tiempo que ha desbordado los campus universitarios y se está extendiendo en la vida pública como una epidemia ideológica. Aún más, se está imponiendo en el corazón de la vida pública a ambos lados del Atlántico y sus conceptos se están normalizando en el vocabulario de los medios de comunicación y en el discurso político y empresarial. **Colonizan el imaginario colectivo**, o al menos sus expresiones autorizadas... Impregna el lenguaje de la gestión y la publicidad.

[...] **Todo el poder del *wokismo* reside en su manipulación orwelliana del lenguaje:** sus teóricos y activistas inventan una neolengua diversitaria que funciona como una trampa ideológica. La estrategia del *wokismo* es transparente, e incluso reivindicada abier-

tamente en algunos casos: **se trata de tomar una palabra universalmente reprobada y adherirle una nueva definición**, que se dirá que ha sido científicamente validada porque será legitimada por los militantes disfrazados de expertos que pululan por los departamentos de ciencias sociales. Hay muchos ejemplos de ello, desde el racismo y la supremacía blanca hasta la discriminación y el discurso del odio. Con demasiada frecuencia, los comentaristas u observadores de buena fe son engañados. Se horrorizan, con razón, del significado tradicional de estas palabras, pero no se dan cuenta de que ya no se refieren a la misma realidad.

[...] En el corazón del *wokismo*, ahora queda claro, **el hombre blanco encarna el mal absoluto**. Radicaliza la corrección política, pasando de la crítica al *hombre blanco muerto* al *hombre blanco Vivo*, que debería, para emprender su reeducación, implicarse en **un proceso de autocritica permanente, que tomará la forma de una expiación sin redención**, porque las patologías constitutivas de su identidad estarían tan inscritas en los procesos de socialización que lo definen que nunca podrá arrancárselas del todo. Pero al denunciarse a sí mismo, al cri-

ticar sus privilegios, al hacer todo lo posible por convertirse en el aliado de las “minorías”, enviará al menos la esperada señal penitencial.

[...] La ola *woke* parece llevarse todo a su paso. Sin embargo, es necesario resistirse con fuerza. Esto sólo puede hacerse desenscribiendo su estrategia de manipulación del vocabulario, que nos hace vivir en un mundo paralelo, un mundo lleno de definiciones alternativas que cortan nuestra relación con la realidad y nos obligan a evolucionar bajo la autoridad de ideólogos acusadores que juzgan que quienes se resisten a ellos merecen el destierro social (no hablamos de cultura de la cancelación sin motivo). Pero esto también implica que no debemos contentarnos con oponer al *wokismo* la sola referencia al sentido común. Frente a un violento empuje ideológico, que ejerce una forma de encantamiento sobre las nuevas generaciones, que a menudo no conocen otra lengua que la suya y que están integralmente socializadas por las redes sociales, donde el *wokismo* es dominante, **es necesario redescubrir los principios fundamentales en los que se basa la civilización que quiere aniquilar»**.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Abril:

Intención universal. Derechos fundamentales

Recemos por aquellos que arriesgan sus vidas luchando por los derechos fundamentales en dictaduras, en regímenes autoritarios e incluso en democracias en crisis.

Mayo:

Intención universal. El mundo de las finanzas

Recemos para que los responsables del mundo financiero colaboren con los gobiernos, a fin de regular los mercados financieros para proteger a los ciudadanos de su peligro.



Año jubilar josefino

«Encontrar a san José en don Bosco»

Thierry DOURLAND, *La Nuova Bussola Quotidiana*, 16 de marzo de 2021



SAN Juan Bosco tenía una particular devoción a san José, bajo cuya protección ponía a todos los que se le confiaban. Destacaba del santo patriarca dos cualidades en particular: la ocultación humilde, para dedicarse totalmente a la santidad, y el ser el protector de los moribundos.

Una de las formas de vivir con especial devoción este año dedicado a san José es seguir las sencillas indicaciones que da san Juan Bosco. En sus sueños había comprendido cómo el camino hacia el Cielo estaba sembrado de espinas, de pruebas y trabajos que afrontar, pero también era rico en perfumadas flores, rosas maravillosas que alegran el alma en medio de los esfuerzos del viaje. Son estas rosas las que san José gusta ofrecer a quienes le invocan: «*Deseo que todos os pongáis bajo su protección. Si le rezáis de corazón, os conseguirá cualquier gracia, ya sea espiritual o temporal, que necesitéis*», les decía el cura de Valdocco a sus muchachos en una Nochebuena de 1864.

Al presentar una publicación sobre la vida del Esposo de la Virgen María, Don Bosco destacó especialmente dos cualidades eminentes de san

José que le hacen un poderoso intercesor también para nosotros hoy en día.

La primera es la pequeñez, la ocultación humilde a los ojos del mundo para dedicarse por completo a lo que realmente cuenta: la santidad del alma.

«En el mismo silencio sagrado del que está rodeada su vida, encontramos algo misterioso y grandioso. Estaba previsto en la economía de la divina Providencia que san José se mantuviera en la sombra, mostrándose sólo lo necesario. Pero aunque no podamos penetrar en el santuario del corazón de José y admirar las maravillas que Dios obró en él, sostenemos, sin embargo, que para gloria de su divino Pupilo y de su celestial Esposa, José debía reunir en sí mismo un cúmulo de gracias y dones celestiales. Como la verdadera perfección cristiana consiste en aparecer tan grande ante Dios como pequeño ante los hombres, san José, que pasó su vida en la más humilde penumbra, se encuentra en condiciones de proporcionarnos el modelo de aquellas virtudes que son como la flor de la santidad: la santidad interior».

La segunda es la de ser el protector de los moribundos. Don Bosco nos ofrece tres motivos por los que mereció este patronazgo:

«1º por el imperio amoroso que adquirió sobre el Corazón de Jesús, juez de los vivos y de los muertos y su hijo putativo; 2º por el extraordinario poder que Jesucristo le otorgó para vencer a los demonios que asaltan a los moribundos, y esto en recompensa a que el Santo le salvó una vez de las asechanzas de Herodes; 3º por el sublime honor que José disfrutó por haber sido asistido a punto de morir por Jesús y María».

Don Bosco hacía también esta sugerencia práctica:

«Me limito a recomendar a cada uno de vosotros que rece un paternoster, un avemaria y un gloria en honor de san José antes o después de la visita que os aconsejo hacer cada día al Santísimo Sacramento. También puedes invocarlo con algunas jaculatorias. Por ejemplo, di en tu corazón: San José, ayúdame a ocupar bien mi tiempo. Si llega la tentación: *sancte Ioseph, ora pro me*. Cuando te levantes por la mañana: Jesús, José, María, te doy el corazón y el alma mía. Por la noche, al acostarse: Jesús, José, María, asistidme en mi última agonía». En las prácticas comunitarias de piedad Don Bosco hacía cantar el himno *Te Ioseph celebrent* antes de la bendición eucarística

vespertina y ofrecía alguna lectura devota, invitando a todos a acercarse a la confesión y a la comunión.

A principios de marzo de 1869 entregó a los superiores de las primeras comunidades salesianas diseminadas por el Piamonte una lista de nueve *fioretti*, más una décima para el día de la fiesta de san José, que debían practicarse en todas las casas. Pueden seguir siendo una herramienta sencilla y eficaz para acompañar los nueve días de oración.

1º Sufrir, e incluso morir, pero no pecar.

2º ¿De qué me servirán las riquezas, los honores y los placeres cuando muera?

3º Tarde o temprano tendré que presentarme ante el tribunal de Dios.

4º Es una locura buscar la felicidad lejos de Dios.

5º Oh, qué larga será la eternidad.

6º Como se vive, se muere.

7º Dios no abandona al joven virtuoso.

8º Qué dulce placer descansar en paz con Dios.

9º ¡Oh, Paraíso, qué hermoso debes ser! Quiero ganarte.

10º En honor a san José, no mancharé mi lengua con palabras indecentes.



San José, maestro de vida interior

En los evangelios no se recoge ninguna palabra de san José. Es el hombre del silencio y de la vida interior, que acoge el anuncio del ángel y obedece inmediatamente.

Le dijo el ángel en sueños: «No temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre, Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer (Mt 1, 20-2.4)

Hoy existe un gran déficit de vida interior. La ausencia de Dios y la crisis de la verdad dejan al hombre vacío, a merced de los sentimientos y las emociones. Así se explica que haya tantos atrapados por la pornografía, el espectáculo y la multitud de imágenes y voces que distraen el espíritu. Sin el silencio interior el hombre, varón o mujer, acaba por no conocerse a sí mismo y se incapacita para la virtud y las obras grandes: la magnificencia.

Mons. REIG PLA, *El ocaso del padre: mirando a san José. Reflexiones* 17/3/2021



*Pequeñas
lecciones
de historia*

Los Ejercicios espirituales: la gran elección

GERARDO MANRESA

A partir de la segunda semana Jesucristo ya no se aparta más de delante de Ignacio en todos los Ejercicios y será a partir de ahora el Maestro que con el ejemplo y con la palabra le enseñará el camino de la santidad. Como en Montserrat, se le presenta a Ignacio en Manresa como Rey eternal y delante suyo todo el universo y a cada uno en particular llama: «Mi voluntad es conquistar a todo el mundo y a todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, el que me quiera seguir ha de trabajar conmigo, por tal que siguiéndome en la pena también me siga en la gloria». Todo el mundo es llamado, no solo Ignacio. ¿Quiénes son los enemigos? Son los enemigos internos que tiene cada uno. Y ¿cómo se llaman estos enemigos? Sensualidad, amor carnal y mundano.

Cada acto de esta vida se le presenta como una llamada de Jesús que le invita a hacer como Él y que le dice: «¿quieres hacer como yo?». Ignacio ve a este Jesús clavado en cruz, que en esta vida y muerte que ahora le presenta, le ha librado del Infierno y así le contesta con aquella pregunta: «¿qué tengo que hacer por Cristo?».

Ignacio, con gran fuerza y afecto quiere distinguirse en todo servicio del Rey eternal y Señor universal y declara la guerra a toda la sensualidad y el amor carnal y mundano y con gran amor clama a Jesús aquel ofrecimiento, que seguramente le dijo por primera vez en Montserrat: «Eterno Señor de todas las cosas; delante de vuestra divina Majestad y de la Santísima Virgen María y de toda la corte celestial, hago mi oblación, confiado en vuestra divina gracia de que quiero y deseo, y es mi resolución tomada libremente, mientras sea vuestro servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas las injurias, y toda deshonra, y toda pobreza, tanto actual como espiritual, si vuestra santísima Majestad quiere elegirme en tal vida y estado».

El santo sale de esta divina contemplación con el ideal claro, fulgurante, inflamado, que ha de tener en el

resto de su vida: conocer íntimamente a Jesús, amarlo hasta más no poder, seguirlo en todos los ejemplos de su vida, para, como él dice: «parecerme más a Nuestro Señor Jesucristo».

Las tres semanas que quedan de los Ejercicios están dedicadas exclusivamente, a razón de siete horas diarias de oración, a seguir paso a paso la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo y a lo largo de estas tres semanas únicamente pedirá una gracia, «conocimiento interno de Jesús, para que más le ame y más le siga».

Ya le parecía a Ignacio que lo tenía todo claro y podía hacer la elección definitiva, cuando se le presenta de nuevo el divino Maestro, el Rey eternal, con aquel plan de conquista espiritual de todo el universo y le pone delante al enemigo armado para impedirselo, no proponiéndole pecados, sino cosas aparentemente honestas, pero que al fin acaban en pecado. Son dos banderas. La de Jesús que dice: «Pobreza, espiritual y actual, deshonras, humildad y de aquí a toda santidad». La del demonio que dice: «Riqueza, honor, soberbia, y de aquí a todos los vicios». La que usa el demonio no son cadenas, sino una red que acabará en cadenas. Para el que tenga riquezas, el que tenga honores, ¡qué difícil le va a ser que no se desvíe de Jesús!

El divino Maestro deja al santo todo un día contemplando esta trascendental escena y cuando ya parece que Ignacio está satisfecho, vuelve el Maestro diciéndole: «¿estás seguro de que quieres esto? Mira que hay queres que son de palabra, pero no son de verdad» y le presenta los tres binarios de hombres que todos dicen querer la pura doctrina, pero solo uno la quiere realmente.

Ahora ve claramente Ignacio, la estrategia espiritual de seducción, contrapuesta a la estrategia divina de atracción. Las fuerzas de los dos lados quedan completamente definidas, los medios de que se valen uno y otro espíritu bien caracterizados; los fines que pretenden, clarísimos; las impresiones que responden a nuestra naturaleza a la acción de uno y otro espíritu, analizadas justamente.

Y ¿cuál ha de ser nuestra elección?

«Pedir conocimiento interno del Señor Jesús, que por mi se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga».

San IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 104



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Aumenta la persecución religiosa

SEGÚN la fundación evangélica Puertas Abiertas-*Open Doors*, más de 340 millones de cristianos sufren actualmente persecución religiosa, cifra que supone aproximadamente uno de cada siete cristianos en todo el mundo, y que ha ido en constante aumento en los últimos años. Y si bien el porcentaje de cristianos en el mundo no ha cambiado mucho en los últimos 120 años —en 1900 el 34,5% de los ciudadanos del mundo se declaraban cristianos mientras que en 2020 la cifra se sitúa en el 32,3% (de los que un 17,5% son católicos), cifras, no obstante, que suponen un aumento considerable en términos absolutos ya que la población mundial se ha más que cuadruplicado en estos años—, la demografía sí lo ha hecho.

La mayoría de los cristianos, como constata la Enciclopedia Cristiana Mundial, ya no viven en el hemisferio norte sino en el sur, siendo la región de África del Norte y Asia occidental, que incluye Irak, Siria, Israel, Palestina y Turquía, los lugares donde el cristianismo ha disminuido más. No es una coincidencia, por tanto, que muchos de los países de la región de África del norte y Asia occidental figuren también entre los que más persiguen a las personas por sus creencias religiosas.

De hecho, la fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada (ACN) tiene previsto atender especialmente en este 2021 a los países del Sahel africano y Mozambique, donde el extremismo religioso y la presencia de violentos islamistas radicales van en aumento, sin olvidar a los cristianos en Oriente Medio, a los que la fundación ha venido apoyando desde el inicio de la guerra en Siria y las conquistas del Estado Islámico.

Por otro lado, y como ha constatado Thomas Heine-Geldern, presidente ejecutivo de ACN, durante el año 2020 la pandemia del Covid-19 ha «debilitado aún más el derecho a la libertad religiosa» y muchos cristianos vivieron un «auténtico vía crucis de pobreza, exclusión y discriminación» a causa de su fe, muy especialmente en Pakistán y la India. Además, en numerosas regiones donde «los cristianos pertenecen a los estratos más bajos», como Ucrania, la República Democrática del Congo o Brasil, ACN recibió «muchas llamadas de auxilio de numerosas iglesias locales», así como solicitudes de ayuda para la pastoral y labor caritativa. Sin olvidar tampoco el caso de China, que a pesar de los acuerdos con la Santa Sede, aumenta de año en año la persecución a los cristianos.

En definitiva, según señaló Heine-Geldern comparando los informes sobre persecución religiosa de cristianos de los últimos años, «la situación de la libertad religiosa no ha mejorado, sino que ha empeorado en todo el mundo» y «en muchos países, donde no hay una persecución oficial, está surgiendo un resentimiento cada vez mayor hacia las personas religiosas, algo que también está ocurriendo en Europa», donde se quiere destruir sus raíces cristianas y crear una sociedad puramente individualista sin Dios.

En España mismo, las distintas normas sanitarias que se han ido aplicando a lo largo del último año dejan entrever un velado interés por impedir que la Iglesia ejerza su labor espiritual. El 27 de enero el obispo de Santander denunciaba la limitación de aforo en las iglesias cántabras a *numerus clausus* como desproporcionado, improcedente e incluso injusto. Días después la Vicaría Episcopal de Melilla escribía al presidente de la Ciudad Autónoma expresando su malestar con los cierres de iglesias en domingo al considerar que dicha medida podía afectar al ejercicio del derecho a la libertad religiosa.

También el Arzobispado de Valladolid volvió a reiterar al Gobierno de Castilla y León el pasado 6 de febrero la necesidad de modificar el límite máximo de 25 personas en templos (los obispos de las diócesis castellanoleonesas llevan reclamando un cambio en la manera de regular las restricciones de aforo desde septiembre pasado, sin haber recibido ninguna respuesta razonada de la decisión adoptada) a raíz del expediente sancionador abierto a la Archidiócesis por la celebración de una eucaristía en la iglesia conventual de San Benito en la que participaron 50 personas pero en la que no se superaba el 10% del aforo del templo.

En este sentido el cardenal arzobispo de Valencia se lamentaba hace poco del notable descenso de presencia de fieles en la santa Misa. «Todo esto tiene que ver —afirmaba don Antonio Cañizares—, y mucho, con la libertad religiosa y de conciencia (...). Creo, sinceramente, que en las actuales circunstancias, al menos algunos gobiernos autonómicos se están pasando, y mucho, en cuanto a libertad religiosa se refiere, al rebajar de manera humillante los números permitidos para participar en los templos, en las celebraciones de la santa Misa. Aunque no sea políticamente correcto el denunciarlo, creo que ha llegado la hora en que no se puede callar por más tiempo: ¿Se puede, acaso, callar ante las limitaciones de aforos, con números incluso

ridículos, a todas luces arbitrarios, injustos, irrisorios e irrazonables en algunas comunidades autónomas sin contar con la Iglesia? ¿No se estarán poniendo trabas a un derecho fundamental e inalienable?».

La Iglesia no dispone del poder para impartir la bendición a uniones de personas del mismo sexo

CUANDO en algunos ambientes eclesiales se están difundiendo proyectos y propuestas de bendiciones para uniones de personas del mismo sexo, el pasado 22 de febrero, la Congregación para la Doctrina de la Fe respondía negativamente, con el asentimiento del papa Francisco, a un *dubium* sobre la licitud de dichas prácticas.

No pocas veces, –aclara la Congregación en su nota explicativa– estos proyectos están motivados por una sincera voluntad de acogida y de acompañamiento de las personas homosexuales, a las cuales se proponen caminos de crecimiento en la fe, «con el fin de que aquellos que manifiestan una tendencia homosexual puedan contar con la ayuda necesaria para comprender y realizar plenamente la voluntad de Dios en su vida». En estos caminos, la escucha de la palabra de Dios, la oración, la participación en las acciones litúrgicas eclesiales y el ejercicio de la caridad pueden desempeñar un papel importante con el fin de apoyar la tarea de leer la propia historia y de adherirse con libertad y responsabilidad a la propia llamada bautismal, porque «Dios ama a cada persona, como también lo hace la Iglesia», rechazando toda discriminación injusta.

Entre las acciones litúrgicas de la Iglesia revisten una singular importancia los sacramentales, «signos sagrados creados según el modelo de los sacramentos, por medio de los cuales se expresan efectos, sobre todo de carácter espiritual, obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida». (...) Al género de los sacramentales pertenecen las bendiciones, con las cuales la Iglesia «invita a los hombres a alabar a Dios, los anima a pedir su protección, los exhorta a hacerse dignos, con la santidad de vida, de su misericordia». (...) En consecuencia, para ser coherentes con la naturaleza de los sacramentales, cuando se invoca una bendición sobre algunas relaciones humanas se necesita –más allá de la recta intención de aquellos que participan– que aquello que se bendice esté objetiva y positivamente ordenado a recibir y expresar la gracia, en función de los designios de Dios inscritos en la Creación y revelados plenamente por Cristo Señor. Por tanto, son compatibles con la esencia de la ben-

dición impartida por la Iglesia solo aquellas realidades que están de por sí ordenadas a servir a estos designios.

Por este motivo, no es lícito impartir una bendición a relaciones, o a parejas incluso estables, que implican una praxis sexual fuera del matrimonio (es decir, fuera de la unión indisoluble de un hombre y una mujer abierta, por sí misma, a la transmisión de la vida), como es el caso de las uniones entre personas del mismo sexo. La presencia en tales relaciones de elementos positivos, que en sí mismos son de apreciar y de valorar, con todo no es capaz de justificarlas y hacerlas objeto lícito de una bendición eclesial, porque tales elementos se encuentran al servicio de una unión no ordenada al designio de Dios. Además, ya que las bendiciones sobre personas están en relación con los sacramentos, la bendición de las uniones homosexuales no puede ser considerada lícita, en cuanto sería en cierto modo una imitación o una analogía con la bendición nupcial, invocada sobre el hombre y la mujer que se unen en el sacramento del Matrimonio, ya que «no existe ningún fundamento para asimilar o establecer analogías, ni siquiera remotas, entre las uniones homosexuales y el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia».

La declaración de ilicitud de las bendiciones de uniones entre personas del mismo sexo no es, por tanto, y no quiere ser, una discriminación injusta, sino reclamar la verdad del rito litúrgico y de cuanto corresponde profundamente a la esencia de los sacramentales, tal y como la Iglesia los entiende. La comunidad cristiana y los pastores están llamados a acoger con respeto y delicadeza a las personas con inclinaciones homosexuales, y sabrán encontrar las modalidades más adecuadas, coherentes con la enseñanza eclesial, para anunciarles el Evangelio en su plenitud. Éstas, al mismo tiempo, están llamadas a reconocer la cercanía sincera de la Iglesia –que reza por ellas, las acompaña, comparte su camino de fe cristiana– y a acoger las enseñanzas con sincera disponibilidad.

La respuesta al *dubium* propuesto no excluye que se impartan bendiciones a las personas individuales con inclinaciones homosexuales, que manifiesten la voluntad de vivir en fidelidad a los designios revelados por Dios así como los propuestos por la enseñanza eclesial, pero declara ilícita toda forma de bendición que tienda a reconocer sus uniones. (...) La Iglesia recuerda que Dios mismo no deja de bendecir a cada uno de sus hijos peregrinos en este mundo, porque para Él «somos más importantes que todos los pecados que nosotros podamos cometer». Pero no bendice ni puede bendecir el pecado (...). Por estos motivos, la Iglesia no dispone, ni puede disponer, del poder para bendecir uniones de personas del mismo sexo en el sentido anteriormente indicado.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

¿Guerra Fría? El ataque de Biden contra Putin es algo más que una salida de tono

Los primeros pasos del nuevo presidente de los Estados Unidos, Joe Biden, en el ámbito de la política internacional se están caracterizando por su inconsistencia y un aire errático que descoloca incluso a los suyos. Como por ejemplo las acusaciones hechas contra el presidente ruso, Vladimir Putin, al que Biden ha calificado en público como un «asesino desalmado».

Una afirmación que llama la atención por su crudeza y que ha provocado que algunos hablen de una nueva Guerra Fría. Ciertamente el mismo Putin se ha encargado de rebajar el tono, al contestar (tratando a Biden como si fuera un escolar en una riña de patio de colegio): «Quien lo dice lo es. Le deseo muy buena salud».

Pero más allá del gesto teatral, la provocación de Biden ha tenido lugar justo en el momento en que las autoridades europeas, señaladas por su gestión deficiente del plan de vacunación, estaban valorando la posibilidad de comprar vacunas rusas Sputnik V. Una posibilidad que después de estas acusaciones es mucho más improbable.

Pero hay más para alimentar la sospecha de que las acusaciones de Biden obedecen más a razones tácticas que morales. Alemania sigue avanzando en el proyecto North Stream 2, ya completado al 90%, para hacer llegar el gas ruso hasta territorio alemán. Es en este contexto de acercamiento entre Alemania y Rusia en el que hay que interpretar la subida de tensión provocada por Biden, destinada a enfriar el acercamiento entre ambos países. Precisamente, en la reunión de la OTAN celebrada en Bruselas, el nuevo secretario de Estado de Estados Unidos, Antony Blinken, declaró que el oleoducto North Stream 2 entre Rusia y Alemania es una «mala idea, mala para Europa, mala para Estados Unidos, en contradicción con los propósitos de seguridad de la UE». Además, añadió, puede «socavar los intereses de Ucrania, Polonia y muchos socios y aliados cercanos». Por último, recordó que todas las empresas que participan en la obra pueden ser sancionadas.

Es una táctica similar a la empleada con Arabia Saudita. Biden ha decidido desclasificar el informe de la CIA que señala al príncipe Mohammad Bin Salman como instigador del asesinato de Khashog-

gi el pasado 2 de octubre de 2018, un informe que Trump mantuvo en secreto. Pero al mismo tiempo, no ha tomado ninguna medida contra Bin Salman, otro «asesino desalmado»: el verdadero objetivo de la divulgación del informe de la CIA y el descrédito que supone para Mohammad Bin Salman es poner en jaque a los halcones saudíes mientras Washington reanuda la negociación de los acuerdos nucleares con Irán, aprobados por Obama y luego desautorizados por Trump.

Asistimos a la repetición de un modo de actuar, característico en especial de las administraciones demócratas en los Estados Unidos, que utilizan la apelación a los derechos humanos sólo cuando les conviene y en la medida en que les conviene. Así, la centralidad del respeto a los derechos humanos en la política exterior de Estados Unidos, a la que se apela ahora con el regreso de un demócrata a la Casa Blanca, se revela como una operación propagandística que sirve para justificar intervenciones con motivaciones puramente geopolíticas.

En cualquier caso, más allá de movimientos para preservar su hegemonía, no parece que a los Estados Unidos le interese el escenario de una nueva Guerra Fría contra la Rusia de Putin teniendo en cuenta que ya está involucrado en una Guerra Fría con la China de Xi Jinping y, al menos desde tiempos de Nixon y Kissinger, son perfectamente conscientes de que no se pueden permitir una guerra en dos frentes al mismo tiempo. Presionar a los aliados europeos es una cosa, pero todo el mundo sabe que el principal reto al que se enfrentan los Estados Unidos es detener a una China cuya política está abiertamente orientada a sustituirles como potencia más influyente en el actual desorden mundial.

La segunda Guerra Fría entre Estados Unidos y China

DONDE sí se puede hablar ya de abierta guerra fría es entre Estados Unidos y sus aliados y China. Como muestra, un ejemplo: las sanciones contra algunos funcionarios chinos impuestas por Estados Unidos, Canadá, el Reino Unido y la Unión Europea por el trato dado a la población uigur. La medida es relevante porque se trata de las primeras sanciones europeas contra la

República Popular desde 1989, año de la masacre de la plaza de Tiananmen. En esta ocasión, además, es Washington quien está liderando la iniciativa.

La respuesta de Pekín a las sanciones ha consistido en otras sanciones por su parte a políticos, investigadores y agencias de la UE. China es muy celosa de su soberanía y no acepta este tipo de condenas a lo que considera sus asuntos internos. La reacción de Pekín era previsible y certifica que sus líneas rojas se trazan sobre la integridad territorial y la estabilidad interna, al tiempo que confirman que el nacionalismo es, junto con el desarrollo económico, el principal instrumento de cohesión interna y de legitimación del Partido Comunista en la actualidad.

Por si alguien tenía aún dudas acerca de cómo se están reconfigurando los equilibrios y alianzas internacionales, al mismo tiempo que tenía lugar este cruce de sanciones mutuas, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergej Lavrov, visitaba China y declaraba que las relaciones entre Moscú y Pekín «se desarrollan más rápido que las relaciones entre Rusia y la Unión Europea». Además, ha reiterado que los dos países «harán todo lo posible para asegurar sus relaciones frente a la amenaza de sanciones por parte de otros estados».

Entre los dos bandos en liza, Rusia, protagonista y derrotada en la primera Guerra Fría y actor secundario pero relevante en esta segunda Guerra Fría, tiene muy claro cuál es el suyo.

Elecciones en Israel: un país aún más fragmentado

LAS elecciones del pasado mes de marzo en Israel no han clarificado el escenario de un país fragmentado por identidades étnicas y religiosas; al contrario, la composición del parlamento es aún más diversa y cuando escribimos estas líneas, varias semanas después de las elecciones, aún no se ha podido llegar a ningún acuerdo para formar una coalición de gobierno.

No obstante, sí se pueden extraer algunas conclusiones de estos comicios. En primer lugar: el coronavirus ha tenido un impacto marginal en los votantes. La brillante gestión del gobierno de Netanyahu, especialmente en lo que a vacunación se refiere, no ha cambiado las lealtades que determinan el voto. El Likud del primer ministro Netanyahu es, de mucho, el partido más votado, pero no lo suficiente para formar gobierno con quienes han sido sus aliados hasta ahora.



Benjamin Netanyahu

Donde sí que parece que se ha roto el voto cautivo es entre los votantes jóvenes ultraortodoxos, cuyos votos iban tradicionalmente a parar en su totalidad a alguno de los partidos ultraortodoxos, según su origen askenazi o sefardita. En esta ocasión, una parte no desdeñable de los votantes *haredim* más jóvenes han dado su apoyo a Bezalel Smotrich, el líder del partido religioso sionista. Smotrich, que no es ultraortodoxo y reside en una casa construida ilegalmente en un asentamiento, ataca al judaísmo reformado, propone restaurar el sistema halájico inspirado por la Torá y ha declarado que aspira a que Israel sea lo más parecido al Israel de los tiempos del rey David. Los ultraortodoxos no son sionistas, pero los más jóvenes de entre ellos se han sentido atraídos por este sionismo religioso con el que comparten algunos aspectos de lo que aspiran que sea el futuro Israel.

En el espectro contrario, el rabino reformista Gilad Kariv también ha hecho historia, al ser el primer rabino no ortodoxo en entrar en el Parlamento, a pesar de una intensa campaña en su contra.

En cuanto a los partidos árabes, que hasta ahora se habían presentado en una lista única, la existencia en esta ocasión de dos candidaturas, la de la Lista Unificada y la de la Lista Árabe Unida Islamista, ha sido perjudicial para sus resultados en términos de escaños... pero la fragmentación del Parlamento ha creado una nueva situación inédita hasta ahora: cualquier coalición de gobierno necesitará el apoyo de los diputados árabes. Unos árabes que, en su mayoría, tienen prioridades diferentes de las de los árabes que no tienen nacionalidad israelí y viven bajo la Autoridad Palestina, pero cuyo impacto en el modo de gobernar el país es, por el momento, una incógnita.





info@balmeslibreria.com
 www.balmeslibreria.com
 682 856 468
 93 317 80 94

BALMES
 LIBRERIA



- Servicio inmediato de venta on line.
- Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas.
- Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades.
- Servicio de suscripción a nuestra revista.
- Acceso a la hemeroteca de CRISTIANDAD.
- ¡Síguenos en Facebook y a través de nuestro canal de youtube!
- ¡Consulta nuestro blog!
- Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.



¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año! Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.

CRISTIANDAD les recomienda este mes:



¿El último papa de Occidente?

Autor: Meotti, Giulio
 Editorial: Encuentro
 119 páginas
 Precio: 14,00 €

«Joseph Ratzinger ha sido, como Meotti lo describe, un coloso, finalmente “derrotado” en sus esfuerzos por salvar a la civilización occidental. Ha visto el desmoronamiento y lo ha descrito con una claridad que nadie más había logrado, especificando también su antídoto. Después de ofrecerse como un escudo viviente contra la secularización, el relativismo, la islamización y el nihilismo rastreador, finalmente se sintió obligado a retroceder, cuando el peligro llegaba a su peor momento. Viajó por toda Europa para tratar de detener la caída, pero sin éxito. Esta es la historia que se cuenta en *¿El último Papa de Occidente?* El tiempo dirá si fue una tragedia o si faltó poco para que lo fuera». Del prólogo de John Waters.

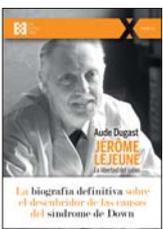


La muralla rusa

Autor: Carrère D'Encausse, Hélène
 Editorial: Rialp
 354 páginas
 Precio: 22,00 €

La relación entre Rusia y Francia abarca tres largos siglos de atracción y unión, pero también de oposición y rechazo. Rusia, un estado-continente que se extiende por Europa y Asia, siempre ha afirmado ser una potencia europea. Y Europa, para Rusia, se encarna siempre en Francia Durante tres siglos, Francia fascinó a los soberanos Romanov, deseosos de ser reconocidos, aceptados y amados, y de gozar de un estatus comparable al de Francia.

Por su parte, Francia se opuso a esta asimilación, mirando a Rusia como a un país atrasado, bárbaro, ajeno a Europa y peligroso, hasta que tuvo que aliarse para hacer frente al poderoso Imperio alemán. Esa tensión es parte esencial de la historia europea, previa el cataclismo de la primera guerra mundial.



Jérôme Lejeune. La libertad del sabio. La biografía definitiva sobre el descubridor de las causas del síndrome de Down

Autor: Dugast, Aude
 Editorial: Encuentro
 440 páginas
 Precio: 29,00 €

Pionero de la genética moderna, deslumbrado por la belleza de toda vida humana, el profesor Lejeune, ha hecho historia defendiendo a los que no tienen voz. Ateniéndose a su condición de médico fiel al juramento hipocrático y de cristiano fiel a su bautismo, mostró de manera brillante a lo largo de su vida de qué modo la ciencia y la fe se enriquecen y complementan mutuamente. Su historia es la de un hombre que fue siempre profundamente libre, tanto en los momentos de gloria y reconocimiento por parte del mundo como ante los violentos ataques de los que luego fue objeto.



La túnica inconsútil

Autor: Arellano Hernández, Santiago
 Editorial: Cor Iesu
 148 páginas
 Precio: 14,00 €

Arellano Hernández nos comparte en estos versos una bella y personal contemplación de la Pasión. Contemplación de alguien con corazón de poeta en fecundo diálogo con otros trovadores de las letras hispanas; contemplación de un hijo de san Ignacio, de quien mil veces ha entrado en las escenas evangélicas «como si presente me hallase».

Contemplación de un adorador nocturno que actualiza y revive los misterios de la vida de Cristo. Pero, sobre todo, contemplación de un devoto del Corazón de Cristo que ve en la Pascua del Señor la gran obra del Amor victimado y ofrecido por nosotros. Una delicia literaria y devoción al que nos introduce por los caminos de la belleza en la búsqueda de Dios.

CONTRAPORTADA

«Fiel servidor de la Iglesia»



San Ignacio de Loyola funda en Montmartre la Compañía de Jesús (1534)

San Ignacio de Loyola fue, ante todo, un hombre de Dios, que en su vida puso en primer lugar a Dios, su mayor gloria y su mayor servicio; fue un hombre de profunda oración, que tenía su centro y su cumbre en la celebración eucarística diaria. De este modo, legó a sus seguidores una herencia espiritual valiosa, que no debe perderse u olvidarse. Precisamente por ser un hombre de Dios, san Ignacio fue un fiel servidor de la Iglesia, en la que vio y veneró a la esposa del Señor y la madre de los cristianos. Y del deseo de servir a la Iglesia de la manera más útil y eficaz nació el voto de especial obediencia al Papa, que él mismo definió como

«nuestro principio y principal fundamento» (MI, Serie III, I, p.162)

Al hablar de san Ignacio, no puedo por menos de recordar a san Francisco Javier, no sólo su historia se entrelazó durante largos años en París y Roma, sino también un único deseo –se podría decir una única pasión– los impulsó y sostuvo en sus vicisitudes humanas, por lo demás diferentes: la pasión de dar a Dios Trino una gloria cada vez mayor y de trabajar por el anuncio del Evangelio de Cristo a los pueblos que no lo conocían.

BENEDICTO XVI, A los miembros de la Compañía de Jesús, 22 de abril de 2006